

# La Ilustración Artística

AÑO XXXV

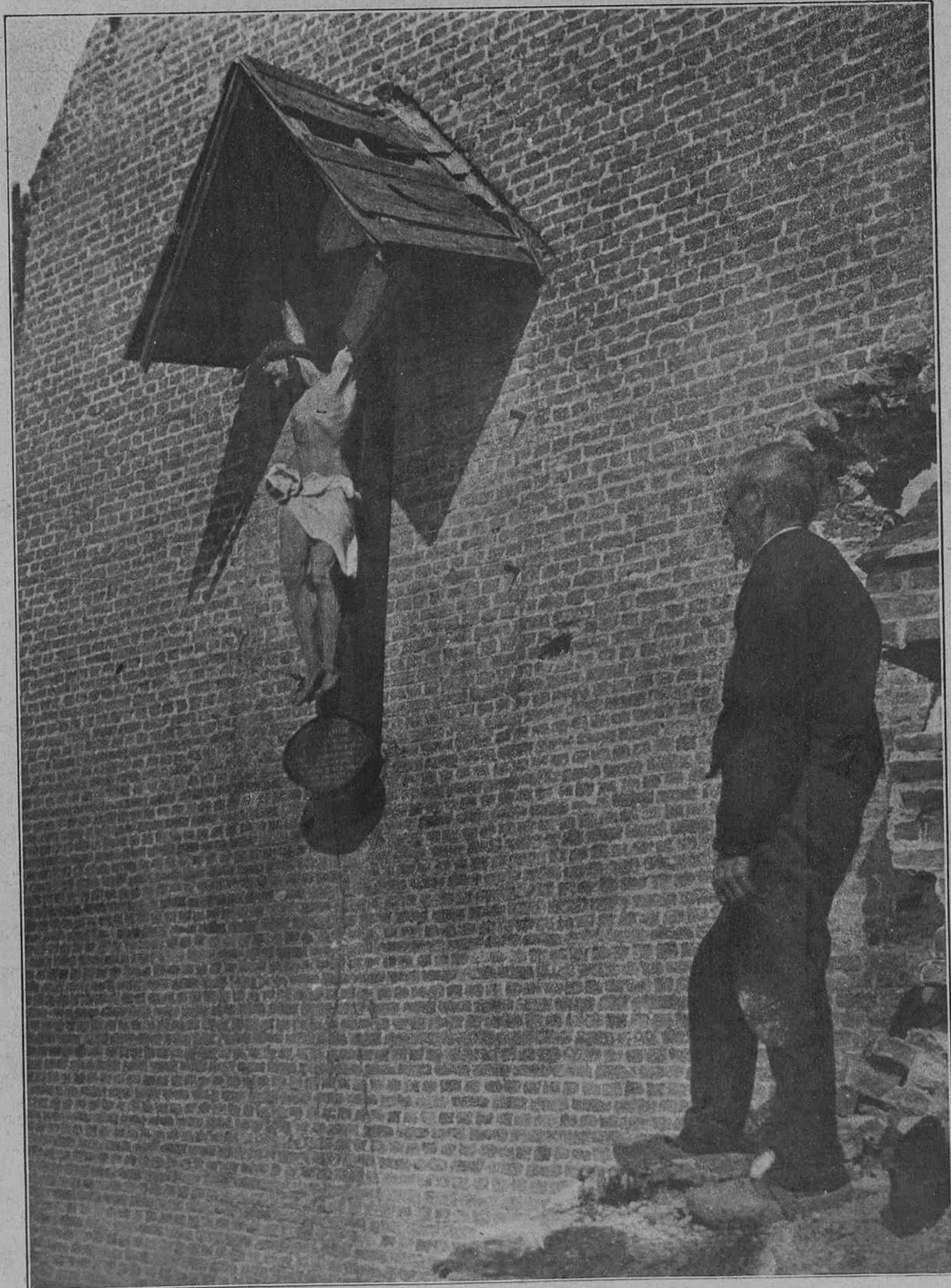
BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1916

NÚM. 1.821

LA GUERRA EUROPEA. - EN LA BÉLGICA INVADIDA

(De fotografía oficial remitida por Central News)

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

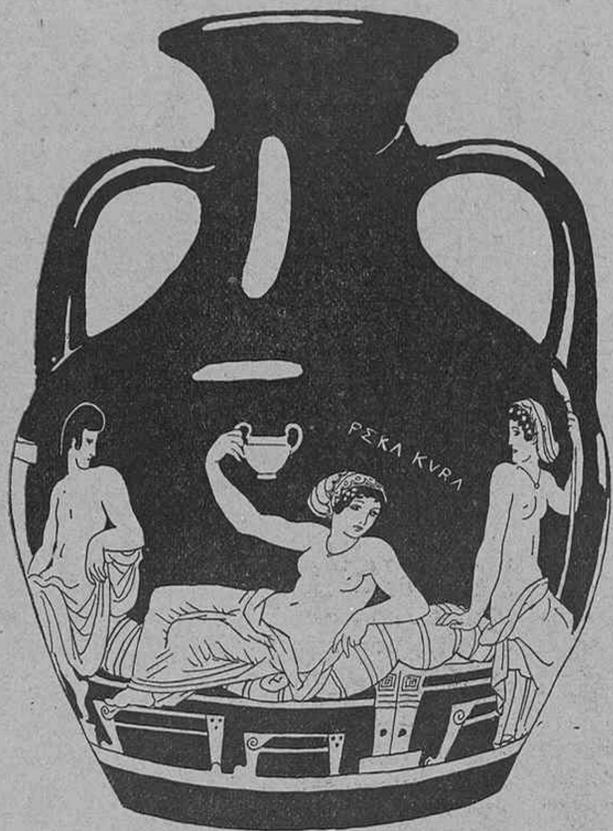


Ruinas de una iglesia de una población belga destruida por los alemanes, entre las cuales se conserva intacta una imagen de Cristo ante la cual hacen los habitantes sus devociones cotidianas

# CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407  
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363

**PIANOS** de cola y rectos a cuerdas cruzadas — MASON & HAMLIN. Boston & New-York. — **Autopianistas** Chassaigne Frères; de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía. — Guía rollos automático.  
**ARMONIUMS** Christophe et Etienne. — París.  
**ROLLS PERFORADOS STANDARD.** Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Kolla Artis.**  
Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.



Si la clásica belleza de las griegas a través de los siglos perdura, es que ahora, como entonces, las mujeres usan **Crema y Jabón PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

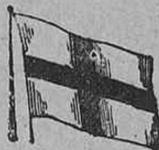
Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

**BARCELONA**

## ESTÓMAGO

dispepsias, gastralgias, malas digestiones, vomitos, inapetencia, diarrea, estreñimiento, convalecencias difíciles, vómitos de las embarazadas, etc., etc., se curan siempre con el **ELIXIR GIOL**  
AL POR MAYOR. — Laboratorio Químico-Farmacéutico COLL OLIVÉ, BARCELONA  
CONCESIONARIO PARA SUD-AMERICA: F. LOPEZ. San José, 841. — BUENOS AIRES y en todas las farmacias

VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES



DE **Pinillos, Izquierdo y C.<sup>a</sup>**  
S. en C. — CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

**Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos**  
47.075 toneladas Morson de registro total

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS. — Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO para PUERTO RICO y HABANA por el nuevo y lujoso vapor correo de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provisto de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

INFANTA ISABEL

Servicio rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON.

LINEA DEL BRASIL-PLATA. — SERVICIO MENSUAL RAPIDO Y DIRECTO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia. — Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc. — Alumbrado eléctrico. — Telégrafo Marconi.

Consignatario en Barcelona:

**RÓMULO BOSCH Y ALSINA.** Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º

## BALNEARIO RIUS

### CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplejias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa. — Servicio de cocina esmerado. — Grandes comedores con vistas al campo. — Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura. — Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

**DICCIONARIO** de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA  
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

### NO MAS VELLO

POLVOS COSMETICOS DE FRANGH  
DEPILATORIO  
NO IRRITA EL CUTIS  
QUITA EL VELLO Y EL PELO  
MATA LA RAIZ  
PRECIO 2'50 P.º BOTE  
EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS  
AL POR MAYOR: BORRELL HERM.ºº ASALTO, 52, BARCELONA  
SE REMITE POR COLEJO CERTIFICADO, ANTICIPANDO 3 P.ºº 50



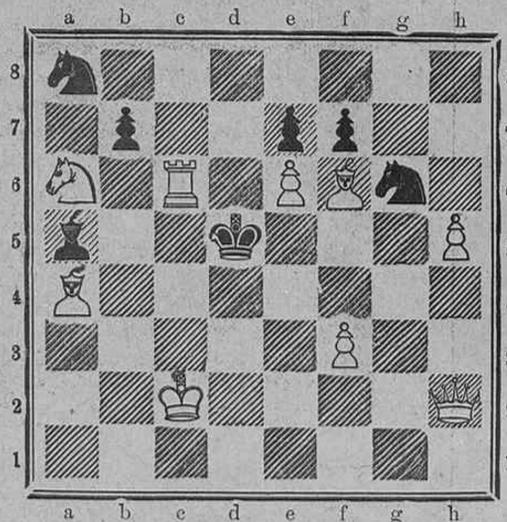
## Tintura del doctor Jimeno

para teñir el pelo de color castaño oscuro o negro de ébano. Su empleo es sencillo y rápido, higiénico y eficaz. *Tres pesetas.* Venta en droguerías y perfumerías. — Barcelona, plaza Real, 1, farmacia del Globo del Dr. Jimeno.

### AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 705, POR F. JANET

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 704, POR A. MOSELY

1. D a 6 - a 3.



## Renaud Germain

PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo

### MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos.

Barcelona.



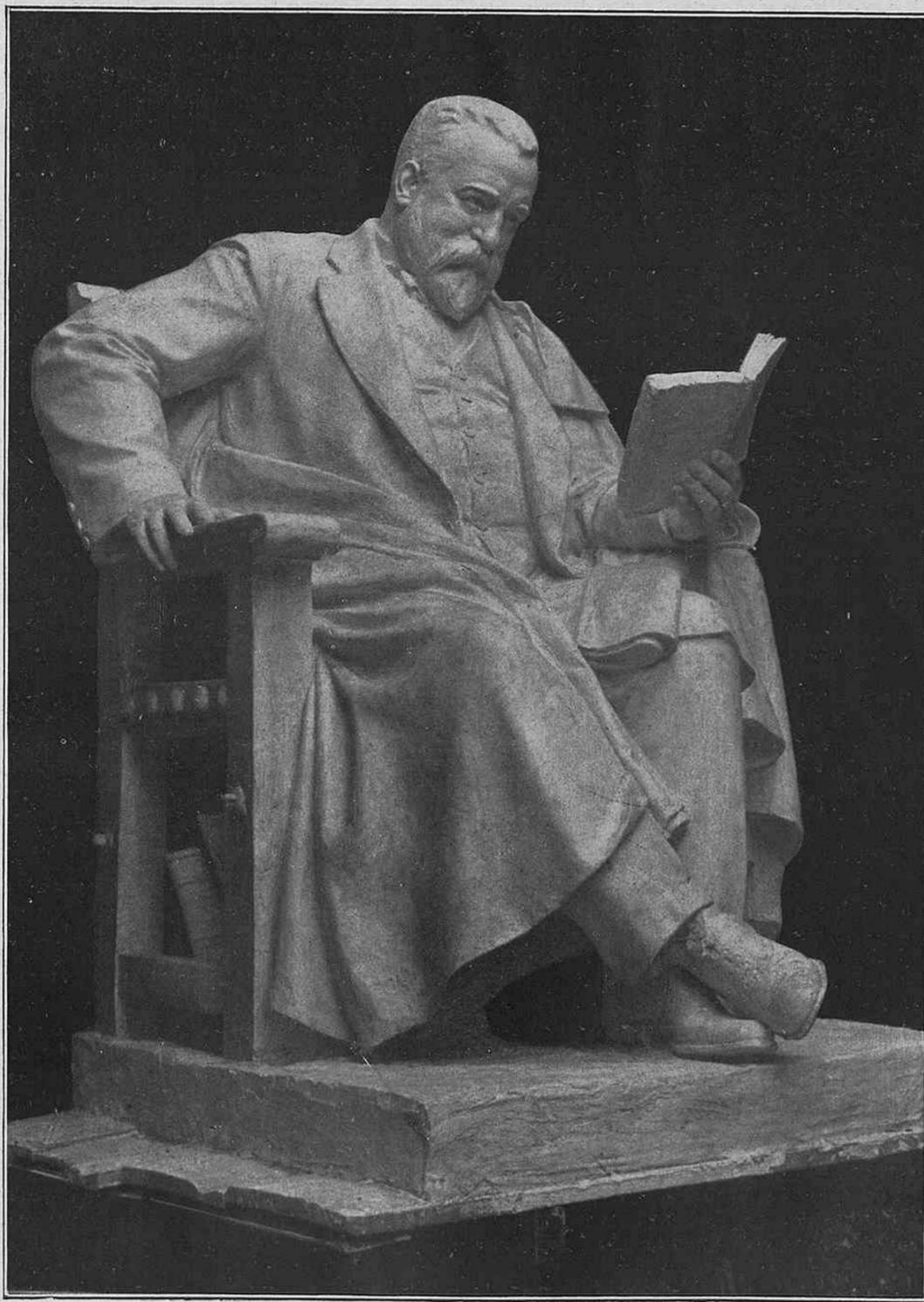
# La Ilustración Artística



Año XXXV

BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1916

Núm. 1.821



ESTATUA DE MENÉNDEZ Y PELAYO, original del escultor Sr. Coullaut Valera y destinada a la Biblioteca Nacional. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscritores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el cuarto tomo de los correspondientes a la serie de 1916, que es el tercero y último de la

## HISTORIA DEL RENACIMIENTO

escrita por José Pérez Hervás a vista de las mejores obras históricas de carácter general, estudios particulares y monografías del Renacimiento de toda la literatura europea.

El tomo va profusamente ilustrado.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Sueño salvador*, por Juan B. Enseñat. — *La guerra europea*. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *El cabo Silvestre*, novela original de Salvador Farina, ilustraciones de Mas y Fondevila. — *Buenos Aires. Toma de posesión del nuevo Presidente de la República Argentina*. — *Libros enviados a esta Redacción*.

**Grabados.** — *Estatua de Menéndez y Pelayo*, original del escultor Sr. Coullaut Valera. — Dibujo de Tamburini, ilustración a *Sueño salvador*. — *Sueño inocente*, cuadro de Juan Llimona. — *Fragmento del célebre cuadro de Velázquez titulado «Menipo»*. — *La guerra europea*. — *Valladolid. Museo Provincial. Esculturas de Gregorio Hernández*. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *Buenos Aires. Toma de posesión del nuevo Presidente de la República Argentina*. — *Barcelona. Salón París. Exposición de cerámica de Daniel y Juan Zuloaga*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ante la perspectiva de que vendan por hierro viejo la *Numancia*, «*enlricata navis qui primum terra circumdedit*» se ha estremecido la fibra patriótica de Mariano de Cavia, que hace un llamamiento a todos los españoles, y, en especial, a los navieros y negociantes bilbaínos. También *El Nervión*, periódico meritísimo, se asocia a esta campaña. Y, al parecer, la excitación no ha caído en saco roto. El barco, gracias al cual España ha sido en algo primera, no será desguazado y entregado al traperero o ferranchinero de ocasión. Su armadura, su casco venerable, será guardado con el respeto que merece. ¡Oh, si España se guardase a sí misma con ese mismo respeto!

Anteayer, en una excursión a Alcalá de Henares, visité el Gobierno militar, que se halla instalado en un antiguo convento. No es de los de mayor interés artístico, pero es, sin embargo, un edificio bello y noble. En la fachada, sobre los altos lienzos de ladrillo rojo, se perciben las señales del lugar que ocupaban dos grandes medallones y dos escudos, que decorarían el frente. Nadie recuerda desde qué tiempo está desguarnecida de sus adornos y blasones la fachada. Dentro, la iglesia, vasta y grandiosa, se encuentra despojada de sus altares, de sus retablos, de cuanto la guarnecía. Hoy, por lo menos, ya no sirve de depósito de material ni de cuadra de caballos, como habrá servido en otros días, seguramente, a raíz de la desamortización.

Y esta iglesia y este convento no son, repito, un tesoro de arte; pero todo vale, en el conjunto de la riqueza de una nación, y ojalá que al menos estuviesen los demás edificios nacionales en pie y no en ruinas, pues algo es que se conserven, aun en mal estado y desmantelados y con las huellas del saqueo popular.

Estos mismos pensamientos, sólo que más tristes aún, me asaltan, al recorrer casas de anticuarios. En ninguna parte se ve como en ellas la liquidación de nuestro patrimonio artístico, el despojo de que han sido víctimas nuestros conventos, iglesias, casonas y palacios. Las tallas pintadas y estofadas; los arcones, con sus labores curiosas y prolijas; las telas de oro, seda y reales, que cubrieron algún palio o formaron el frontal de un altar; las doradas consolas que amueblaron salones, y los espejos en que se reflejaron aristocráticas figuras de bellas muertas, y que parecen conservar, en su verdoso reflejo, algo de esos rostros para siempre olvidados; las piedras de armas y los capiteles del Renacimiento, con sus bichas y sus volutas caprichosas; los retratos de cuerpo entero, de fastuosos ropajes, que tan bien encajan en las antesalas; y vestíbulos; los cálices de plata, de diseño maravilloso; los muebles riquísimos, de concha, marfil y plata; los cofres de cuero, que traen a la memoria el del Cid; los velos de sagrario; las prodigiosas custodias arañas; tanto y tanto tesoro... ¿qué significa? Que un sinnúmero de ciudades y pueblos españoles han sido entrados a saco, que en ellos ya no existe lo que en otro tiempo pudo llevar allí al viajero, al turista... Es verdad que ni el viajero ni el turista, que yo sepa, siendo españoles, se han dado gran prisa a visitar esas ciudades y esos pueblos.

He aquí que el Teatro Real no encuentra licitador. Aparte del perjuicio que se les sigue a las familias que vivían del Teatro Real, coristas, comparsas,

maquinistas (y no me resuelvo a decir encargados de la limpieza, porque no veo que se limpie el Teatro nunca), no me parece lamentable que, en el estado en que se halla, permanezca desierta la licitación para el arriendo, ni que no haya este año temporada teatral.

El profundo malestar económico que se deja sentir, explicaría suficientemente, y hasta añadiré que justificaría, la falta de ese espectáculo tan caro y que no compensa el precio, sino raras veces y si asoman divos famosos.

Además, hay ahora en Madrid, funcionando, una cantidad de teatros que tal vez excede de lo que pudieran explicar las circunstancias. Y la verdad es que todos se sostienen, y que nunca se ha ido tanto al teatro, llegando a veces el caso de no haber localidades en taquilla. En una función de la prensa, a diez duros los palcos, había puñaladas para obtenerlos.

La Xirgu, de esta vez, ha conquistado su público en Madrid. No había sucedido así las primeras temporadas en que aquí trabajó esta actriz digna de todo elogio. Ni Borrás ni la Xirgu se han aclimatado en Madrid desde luego. El público de Madrid necesita tiempo para acostumbrarse a un actor, sobre todo si le han dicho que es un actor de altura. Al principio, se muestra frío y receloso.

Poco a poco, sin embargo, va habituándose, y aun cuando con Borrás y la Xirgu no llegue a tener la confianza e intimidad que con Loreto Prado o con Mesejo, ya se siente capaz de apreciar su arte y hasta admite su repertorio.

La Xirgu, este año, en este terreno de la familiaridad con el público, ha avanzado bastante, al interpretar el personaje de *Marianela*, arreglo escénico hecho por los Quintero de la conmovedora novela de Galdós; un acierto, entre tantos errores como se cometen a veces. Un doble acierto, porque no se supiera imaginar cosa más adecuada a la personalidad artística de la Xirgu que ese papel lleno de matices de ingenuidad sentimental.

La Nela es una figura que puede ponerse al lado de la Mignon de Goethe y la Graziella de Lamartine y de tantas cuyo único papel en el mundo es sentir, amar, morir. El casto idilio que se desarrolla en las minas de Socartes, basta por sí solo para que reconozcamos en Galdós esa facultad poética, no inconciliable con el realismo más sincero y castizamente español.

¡Cómo se ve siempre, en todo lo que de tal maestro procede, la mano creadora! No hay figura en *Marianela* que no lleve ese sello, en que la verdad se hermana con la poesía. *Marianela* es un tipo natural y un tipo soñado, sin que ninguna de las dos condiciones le falte. Su amor es natural, naturales sus celos, natural su ilusión, natural su replegarse, como fierecilla herida, y ocultarse en la cueva, y querer refugiarse por fin en la muerte. La Xirgu encarna la figura, que apenas puede llamarse romántica, pues está dentro de lo normal, con una perfección sorprendente. Sus movimientos son prodigiosos. Sus gestos, una creación y el baile inquieto de sus pies descalzos y ágiles, una maravilla.

No hay que regatear elogios a la labor de los hermanos Quintero, los adaptadores. Han recortado el drama con una tijera, lo han cosido con respeto, sin alterar nada fundamental. Yo espero que no abandonen el camino donde en tan buen hora entraron. Hay mucha tela en Galdós, para dramas, comedias y hasta tragedias. El elemento dramático y el cómico abundan en la obra galdosiana. Es materia prima muy fácil — relativamente, claro es; estoy hablando de los Quintero — y el darle corte escénico depende sólo de la probadísima destreza de los dos insignes autores.

He asistido al estreno del drama de Federico Oliver *El crimen de todos*, que ha sido aplaudidísimo, gracias a Dios. Y digo gracias a Dios, porque, dada la tendencia y orientación del drama, sería triste síntoma que lo hubiesen recibido con frialdad o con disgusto.

Federico Oliver es de nuestros mejores autores dramáticos. Es, además, en las obras de época moderna, muy castizo. No parece ejercer sobre él ningún influjo el teatro extranjero, y en este particular pertenece a la falange de nuestros costumbristas teatrales, destacándose entre ellos por el propósito y tendencia de reforma que descubiertamente manifiesta y realiza.

No ha dejado Oliver de cultivar otras direcciones, y yo recuerdo un drama suyo, *La esclava*, digno de un éxito que no tuvo, tal vez por lo mismo que era pura obra de arte, y el público de arte no se cura. Fué también una revelación de sus facultades el dra-

ma regional *La Neña*, en el cual hay cuadros y escenas encantadoras. Hoy, las tendencias de Oliver son de regeneración nacional. Estas tendencias nos han valido ya dos obras muy dignas de consideración, y que contienen una sátira aguda e intencionada contra dos de los más graves defectos y extravíos nacionales: la divinización de la torería, y el flamenquismo, chulismo y matonismo.

No cabe duda que sería extraño si tales lunares, o por mejor decir tales úlceras, no encontrasen un cirujano dispuesto a aplicarles el cauterio. Costa lo hizo, a su manera, y entre otros temas, también trató éstos; Oliver ahora los lleva a las tablas, donde pueda la multitud hacerlos suyos, y acaso reflexionar sobre lo que significan y los peligros que entrañan.

La divinización de la torería pareció a Oliver, y con razón, algo ignominioso y bizantino. Una cosa es ir a los toros, y hasta aplaudir a un diestro, otra esa apoteosis, ese ridículo fanatismo por los toreros subidos al grado de «fenómenos» y de «colosos» cuando burlan el cuerno o hunden el estoque. Y, peor que todo, el desquiciamiento que supone el hablar incesantemente, y no sólo hablar, sino escribir, sin tasa, a chorro, de la fiesta taurina, como si no hubiese ni nada más grato, ni nada más urgente en qué pensar y de qué ocuparse.

Lo que debiera ser, a lo sumo, una diversión más, algo cruel y muy pintoresca, se ha convertido en una religión, y eso no puede sufrirse, y contra eso va la sátira de Federico Oliver; contra ese culto que nos marca con sello de decadentismo, como marcó a la Roma degradada y al Bizancio afeminado el culto del gladiador, porque ciertos síntomas sociales, a distancia, los reproduce la historia. Claro es que Oliver no se proponía desterrar las corridas de toros, sino sencillamente reducirlas a su límite, contener ese detestable entusiasmo.

Y hoy, al atacar a los matones y chulos de oficio, tampoco pretende que en alguna ocasión no puedan los celos ofuscar la mente y mover el brazo. El resorte que impulsó al chulo asesino, en *El crimen de todos*, no es cosa privativa de España; pero sí lo es quizás — aun cuando en Francia no hayan dejado verse, sin chulería, casos análogos — la simpatía y hasta el aplauso que recoge, y ese dictado de «valiente» que se tributa a la mayor cobardía, al abuso de la fuerza contra una mujer, violentando sus sentimientos, queriendo apoderarse de su corazón, o, si no se logra, atravesándolo con bala o cuchillo...

Es de las más detestables invenciones de nuestra edad debilitada el «crimen pasional». Con este nombre especioso, se cohonestan las acciones más inicuas. Entre veinte crímenes pasionales, habrá uno, quizás, que pueda, humanamente, ser disculpado. Los restantes son tan reprobables como los que no enarbolan el penacho de la pasión.

Y por esta simpatía, y esta excusa prevenida siempre para el llamado «delincuente pasional» tiene razón Oliver cuando titula su drama *El crimen de todos*. La sociedad, al prevenir al individuo la impunidad y hasta la aprobación cuando mata, es tan criminal como él; es, en efecto, cómplice, y caso diré que más culpada que el mismo autor de la fechoría; porque al fin éste procede obedeciendo a un impulso propio, bastardo y censurable, pero que se determina por móviles internos, y la sociedad no obedece sino a las sugerencias de su debilidad y degeneración, sin interés ni provecho, al contrario, con daño general.

Por eso el drama de Oliver pone el dedo en la llaga. A mi alrededor oía yo repetir: «Esto es una verdad como un templo.» «Así sucede.» «¿Se acuerda usted del caso H, del caso B?» «¡Si lo mismo, una cosa parecidísima, traía ayer el periódico!»

Y creeréis lo que queráis, pero no me parece flojo mérito éste, y no se trata de actualidad efímera, sino de lo que va siendo constante, del vicio social consolidado, de la úlcera, como antes le llamé, escondida en el organismo y tal vez incurable... Las nociones de lo que es el valor, de lo que es la dignidad, palabras que al pueblo bajo de Madrid no se le caen de la boca, conceptos que tal vez en efecto le interesan, están por rectificar, y no sé si se rectificarán nunca. Supondría el conseguirlo una reeducación entera del sentir popular.

La Cobeña estuvo admirable en el papel de la madre del chulo. El carácter del personaje es un singular hallazgo psicológico. Es la madre *natural*, la que prefiere al hijo perdido y criminal, al hijo honrado y de elevado criterio, sin que por eso deje ella de ser una mujer virtuosa, buena... También ella es cómplice, cómplice involuntaria, y a la vez, víctima del «crimen de todos».

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## SUEÑO SALVADOR, POR JUAN B. ENSEÑAT, DIBUJO DE TAMBURINI



... permanecía horas enteras perezosamente tendida sobre el diván...

La niña había perdido el apetito; no jugaba y permanecía horas enteras perezosamente tendida sobre el diván o sobre la mullida alfombra del gabinete. Largos bucles negros velaban en parte su ancha frente y su pálido y demacrado rostro.

Era muy alta para sus nueve años.

En pocos días, de risueña, exaltada y cariñosa que era antes, se había vuelto silenciosa y lánguida.

En vano su aya inglesa, joven viuda de plácido rostro y maternal sonrisa, iba a proponerle uno de esos interminables juegos de aros o de croquet que hacen las delicias de los niños inglesados; en vano le leía algún cuento de hadas o de caballerescas aventuras; melancólica, triste y aburrida, Rosario meneaba la cabeza, y sus cansados ojos parecían soportar con trabajo el peso de los párpados orlados de espesas y largas pestañas.

Es que empezaba a germinar en su organismo una grave enfermedad; pero ni mistress Húchinson, que cuidaba de ella con vigilante solicitud, ni su madre, que todas las noches y todas las mañanas iba a colmarla de caricias y besos durante un buen rato, se habían dado cuenta de la sorda amenaza que aquella vigorosa constitución encubría.

La madre de Rosario, todavía joven, era bonita, elegante, amable y algo aturdida. Las adulaciones la hacían conservar cierta coquetería que le daba apariencias de una ligereza que la malicia de las gentes podía interpretar mal, pero que no afectaba al honrado fondo de su carácter.

Sólo Dios sabía el amor ardiente y la admiración intensa que Rosario sentía por aquella madre que los placeres mundanos le robaban con excesiva frecuencia; era, para la niña, la realización de un sueño superior a todas las cosas de este mundo, la encantadora aparición cotidiana, la perfección incomparable.

Cuando, ricamente ataviada, deslumbradora, la condesa tendía una mano perfumada y llena de sortijas al beso de la amante criatura, ésta la miraba con adoración, profundamente emocionada, y sus labios húmedos apenas se atrevían a rozar la pálida transparencia de aquella mano. Después, durante horas, experimentaba una angustiosa sensación, como si la mitad de su ser hubiese huído envuelto en los sedosos pliegues del vestido del ídolo amado.

Aquella tarde, al verla rehusar la merienda y apoyar la cabecita en sus manos, el aya había dicho: — Esta niña tiene algo; habrá que llamar al médico para que la vea.

Pero como, después de todo, no tenía fiebre ni calofríos, sino una tristeza y una languidez insólitas, no se avisó al doctor.

Al cabo de seis días de ese estado anormal, Rosario se había quedado en cama, porque no se sentía con fuerzas para andar.

Mistress Húchinson fué entonces a prevenir a la condesa y mandó a llamar al médico.

La madre, que se había retirado muy tarde y creyó que la alarma era causada por aprensiones de la inglesa, aun no se había levantado cuando vino el doctor. Sin embargo, después que éste hubo examinado a la enfermita, hizo llamar a la condesa y sentóse a la cabecera de la cama.

Tranquilizada por la presencia del médico, a quien quería mucho, la niña le miraba con ojos llenos de confianza, dejando escapar de vez en cuando una risita nerviosa.

Por fin se presentó la condesa, algo sofocada y sonriente, envuelta en una lujosa bata de casimir adornada con encajes y cintas.

El médico se levantó. Sin embargo, ella, con cariñosas frases de mimosa reconvencción, hizo llover sobre la sudorosa frente de la niña suaves besos como un vuelo de mariposas.

— ¡Cuidado, señora condesa!, dijo la voz grave del doctor; creo que se presenta la escarlatina.

— ¡La escarlatina!, exclamó ella, ansiosa.

— Hasta ahora no veo gravedad; pero es necesario tomar precauciones; se lo advierto a usted.

— Me asusta usted, doctor. Pero no, me olvidaba de que siempre es usted pesimista. No será nada, un poco de calentura; ¿verdad, hijita?, ¿verdad, ángel mío?... ¡La escarlatina..., y dentro de ocho días tenemos el concierto a beneficio de la Infancia Abandonada! ¡Ese concierto cuya comisión organizadora presido y en el cual debo hacer acto de presencia a todo trance!..

Y añadió, cogiendo el brazo del facultativo, en tono y ademán de súplica:

— Júreme que no es la escarlatina. Y aunque no fuese más que una ligera fiebre, júreme que no lo dirá a nadie. Piense que yo no podría salir en cinco o seis semanas. Y por una simple jaqueca... Porque estoy segura de que no es nada. Si hubiese algún peligro, me lo diría el corazón. ¿Ya no sufres tanto, verdad? ¡Vea usted, doctor, qué buen color tiene!

La niña, en efecto, al sentirse acariciada por aquel raudal de dulces palabras, se había incorporado con jovial animación en los ojos.

— Sí, mamá, dijo con vibrante voz; me siento mejor, mucho mejor; quisiera levantarme en seguida y correr.

Sacudía la cabeza con sus grandes bucles enmarañados; pero de pronto se desplomó en la almohada, con el rostro demudado.

La condesa interrogó al doctor con la mirada; sin contestarle, éste se inclinó hacia la enfermita, le levantó la cabeza y le dió éter a respirar.

La enfermedad se declaró, y lenta, inevitable, siguió su curso. Pasaban los días y las noches. Rosario, en una somnolencia que le evitaba vivos sufrimientos, no oía más que ruidos vagos y no veía más que resplandores tenues y confusos a través de las densas brumas que velaban la realidad de las cosas a su mente letárgica.

A la novena noche, despertó y abrió los ojos. La lamparilla de cristal, bajo su pantalla verde, alumbraba el cuarto que a la enferma le parecía mecerse y flotar en vapores fugitivos. Oyó cuchichear detrás del biombo en que revoloteaban aves enigmáticas sobre un bonito paisaje. De pronto las voces llegaron confusas a su oído, como un rumor de aguas tumultuosas; al cabo de un rato, oyó decir al doctor, con su manera lenta de marcar las palabras:

— Si pasa bien la noche, creo poder responder de ella. Pero es necesario que duerma.

— Mistress Húchinson, insistió la condesa, cuide usted de que no se haga ruido. Cierre usted con llave la puerta de la sala de estudio; siéntese en una butaca, y sobre todo no lea. No hay nada que desvele tanto como el roce de las hojas de un libro al volverlas. En cuanto a mí..., ese concierto de beneficencia en el cual es preciso que me deje ver aunque no sea más que un momento, y puesto que el doctor me asegura...

— Yo no aseguro nada, condesa; digo que se puede esperar...

— Sí, y por eso en un instante voy a vestirme, corro a la Sala Méndelssohn, que está a dos pasos de aquí, y vuelvo en seguida; porque cuando usted dice que se puede esperar, es que no hay peligro.

— Repito, señora, que si un sueño normal suspende la fiebre esta noche, creo que la constitución excepcional de su hija vencerá.

— Sus palabras me tranquilizan, doctor... Dispénsame que le deje... Mistress Húchinson, a usted se la confío. Hasta luego.

La niña oyó el paso ligero de su madre que se

alejaba y de pronto llamó con voz temblorosa:  
— ¡Mamá!.. ¡Mamá!..

El aya se acercó a la camita, y arreglando las almohadas, dijo con vacilante dulzura:

— Tu mamá va a venir, ángel mío. Está un poco cansada y quiere dormir... Haz lo mismo. Yo me quedo a tu lado.

— Me engañan, replicó la niña, irridada. Se va al concierto. Lo he oído. ¡Llámalas, quiero verla!

— Va a venir; voy a llamarla, hija mía. No te desabrigues. Cálmate. Vuelvo en seguida.

Mistress Húchinson se alejó y volvió corriendo:

— Tu mamá se viste, Rosarito. Vendrá a besarte.

La enfermita volvió el rostro hacia la puerta y sus ojos luminosos se agrandaron de impaciente deseo.

Transcurrió media hora.

Por fin el crujir de un vestido, como una oleada de seda, dió contra la puerta que Rosario espiaba con ansiedad. Se sonrió la niña y apareció la madre en traje de ceremonia, radiante de hermosura. La enferma se incorporó dando un grito y volvió a desplomarse en la almohada exhalando un profundo suspiro.

Las fuerzas le faltaron.

La condesa se acercó rápidamente a la cama y besó los ojos que la contemplaban con infinito amor.

— Duerme, hija mía, duerme, le dijo; cierra tus hermosos ojos, y dentro de una hora, a más tardar, estaré de regreso y me instalaré aquí, a tu lado, en esta butaca, y apoyarás la cabeza en mi hombro, como otras veces, ¿sabes? Mas para esto es necesario que duermas, que me esperes durmiendo; es preciso que te duermas en seguida.

— ¡Mamá, por esta vez, te lo suplico, te lo ruego, mamáita, no me dejes!, imploró Rosario con voz ahogada por lágrimas y sollozos; no sé por qué, pero tengo miedo. ¡Sí, tengo miedo! No comprendo lo que es, pero me parece ver cerca de mí una gran figura negra envuelta en un manto, con el cual quiere cubrirme, y cuando me toca, su mano es como de plomo. ¡Es una figura espantosa!.. ¡Ay, quédate, quédate, mamá, por esta sola vez! ¡Cuando estás aquí, no tiemblo... ni de miedo ni de frío; el cuarto parece todo color de rosa... ¡y duermo tan bien!

— ¡Pero, hija mía, si estoy aquí!.. No te agites de esa manera. Ya sabes que estoy ahí, a tu lado.

— ¡Sí, pero te vas a ir!

— Sólo por un momento; es preciso; bien lo comprendes. Estoy vestida. ¿Sabes lo que haremos? Cerrarás los ojos; no tendrás tiempo de contar hasta doscientos y ya habré vuelto. Sé razonable, ángel mío; bien sabes que es necesario.

La niña no contestó; su mano estrechaba con pasión la de la condesa. Momentos después, dijo en voz baja:

— ¡Si es tan necesario!.. ¡Pero vuelve, vuelve pronto, mamá!..

Cesó de estrechar la mano con fuerza; la condesa desprendió sus dedos, y levantando la pesada cola de su vestido, después de haber besado largamente los cabellos húmedos de la enfermita, desapareció como un resplandor que se apaga.

roce de la misma oleada de seda reflujo hacia la puerta que la niña espiaba desde hacía una hora. Parecióle a ésta que un paso ligero se detenía como dispuesto a pasar más allá, y de pronto estalló un grito desgarrador, ahogado por los sollozos, lleno de un terror indefinible:

— ¡Mamá!.. ven, te estoy esperando!

La condesa abrió la puerta con violencia, asustada de la siniestra vibración de aquel llamamiento infantil. Recordó las últimas palabras del médico, y temió haber sido causa de que su hija no hubiese conciliado el sueño que había de salvarla.

Turbada, temblorosa, se precipitó hacia la cama, se dejó caer de rodillas, y pasando el brazo por debajo de la cabeza doblada de su hija, la levantó y la apoyó sobre su hombro.

Dijo a mistress Húchinson, que había despertado con sobresalto al grito de la niña:

— Retírese a descansar; yome quedo al lado de mi hija.

La condesa sentía una ansiedad terrible al ver fija en sus ojos la mirada de la enfermita.

«¡Dios mío, pensaba; si habré impedido que se salve! Ha sido una locura el apartarme de ella en tan gran peligro.»

Y en aquel solemne momento, la conciencia la acusó de haber pospuesto con harta frecuencia sus deberes de madre a las consideraciones mundanas.

Después de un corto silencio, la niña cerró los ojos, se pegó aún más a su madre y dijo sonriendo embelesada:

— Este es mi sitio, éste, en tus brazos. ¡Cómo has tardado, mamá! ¡Yo... te esperaba con una impaciencia!.. Cada minuto me parecía una eternidad. ¡Oh, qué bien estoy así! No te muevas. ¡Me entra un sueño! Bésame.

La condesa, hondamente emocionada, imprimió un largo beso en la frente de la niña.

— Otra vez... murmuró muy quedo.

Y dijo dulcemente, al sentir de nuevo la impresión de los amorosos labios:

— Gracias, mamáita... ¡Oh, qué bien voy a dormir ahora!.. ¡Mamá!..

Y se durmió profundamente en los brazos de su idolatrada madre.

«¡Dios mío, rogaba mentalmente de vez en cuando, haz que este sueño la salve!»

El apagado timbre del reloj de sobremesa fué dando las horas que transcurrieron pausadamente, y ya penetraban por las celosías del cuarto los primeros rayos del nuevo sol, cuando se abrió la puerta sin ruido y apareció el médico acompañado del aya.

Desde luego, el facultativo se dió cuenta de la situación, se acercó a la enfermita, la examinó sin despertarla y dijo en voz baja a la condesa:

— ¡Se ha salvado!

«¡Y mi conciencia de madre también!», pensó ella ahogando un suspiro.



Sueño inocente, cuadro de Juan Llimona. (De fotografía de F. Serra.)

Transcurrió lentamente un cuarto de hora, y otro después, y otro...; transcurrió una hora mortal... Los ruidos y las luces de la calle iban extinguiéndose poco a poco. En el silencio de aquella noche de diciembre, silbaba el viento en las persianas del balcón, por el cual se filtraba una lívida claridad, confundiendo con la pálida luz de la lamparilla.

La niña había permanecido tal como la dejara la condesa; inmóvil, con los ojos vueltos hacia la puerta; un murmullo inagotable y monótono, la repetición del nombre amado, apenas distinto, no cesaba de llenar el cuarto como una pulsación de algún alma agonizante: «¡Mamá, mamá, mamá!»

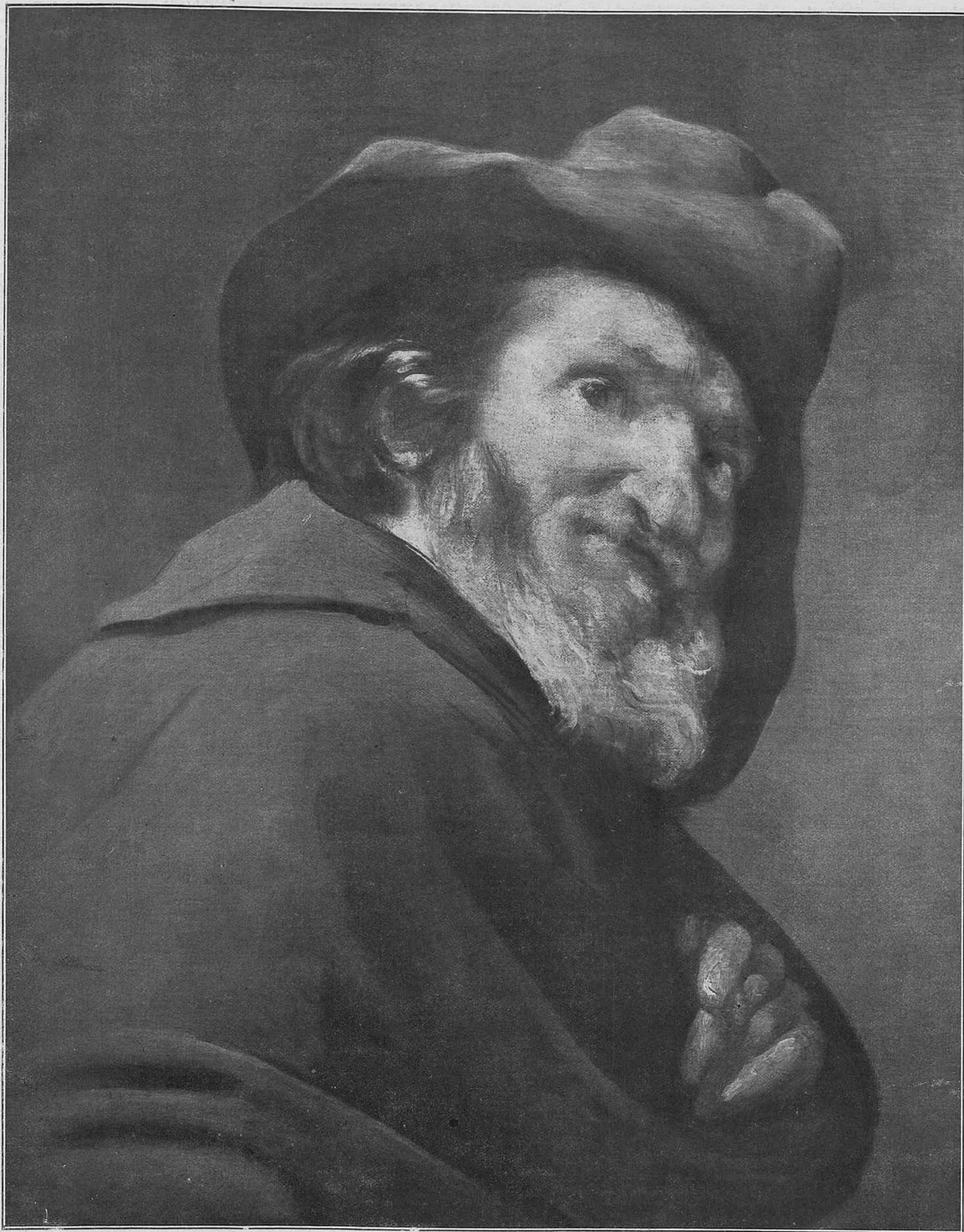
Y siempre en el mismo tono, como un mecanismo de dolor, el llamamiento continuaba, quedo y angustioso: «¡Mamá... mamá... mamá!»

Mistress Húchinson había procurado calmar aquel terrible sollozo, que acusaba tan gran tormento moral... Había querido incorporarla, besarla, darle de beber...

La niña había resistido fríamente, como un cuerpo inerte, pero con una terquedad indomable.

El aya, rendida y arrullada por la monotonía de aquella lamentación, acabó por dormitar.

De pronto un lejano ruido anunció la rápida venida de un coche, que momentos después paró bruscamente en el vestibulo. Casi en seguida, el mismo



Fragmento del célebre cuadro de Velázquez titulado «Menipo», que se admira en el Museo del Prado, de Madrid

D. Pedro de Madrazo, en su valiosísimo «Catálogo de los cuadros del Museo del Prado», encabeza la sección referente a Velázquez con estas pocas líneas: «Velázquez de Silva (Diego). - Nacido en Sevilla, en donde fué bautizado en la iglesia parroquial de San Pedro, el domingo 6 de junio de 1599; fallecido en Madrid el viernes 6 de agosto de 1660 a las dos de la tarde. Fué el verdadero fundador de la brillante escuela de Madrid del siglo XVII y el rey de la pintura naturalista.»

Breve es la noticia, y sin embargo en sus últimas palabras está la glorificación del maestro sin par cuyas obras, después de haber resistido victoriosamente las mudanzas que en el gusto del público determinan el tiempo y aun los caprichos de la moda, son hoy en día admiradas

en el mundo entero y consideradas como creaciones portentosas de uno de los genios más grandes que en la historia del arte universal han existido.

El grabado adjunto es reproducción de un fragmento del cuadro *Menipo*, que se conserva en el Museo del Prado: el lienzo completo mide 1,79 metros de alto por 94 centímetros de ancho y representa la figura de un hombre, de pie, envuelto en una raída capa negra y tocado con un sombrero abollado y viejo; por entre el embozo deja asomar una mano, y a sus pies hay varios libros, un pergamino y un banquillo con una jarra.

El busto que reproducimos es una maravilla de naturalidad y de expresión, y en él puede admirarse la ejecución valiente, genial que caracteriza todas las obras del inmortal artista.

## LA GUERRA EUROPEA

*Teatro de la guerra de Occidente.* — En el frente del Somme, los franceses han realizado algunos progresos entre Les Boeufs y Saily, tomando varios elementos de trincheras al Nordeste del primero de estos pueblos y en la región del segundo; han reconquistado todo el pueblo de Saillisel; han avanzado al Norte del mismo; se han apoderado de las posiciones alemanas desde el bosque de Chaulnes hasta el Sudeste de la azucarera de Ablaincourt; han tomado la totalidad de los pueblos de Ablaincourt y Pressoire, avanzando hasta las inmediaciones de Gondecourt; y han rechazado ataques contra las líneas de Saillisel, contra las posiciones de Deniecourt, contra las trincheras al Sudeste de Berny y contra las posiciones al Sur de Pressoire.

Los ingleses han tomado por asalto, en un frente de 1.000 yardas, la posición oriental de la trinchera Regina; han atacado las trincheras alemanas a ambos lados del Ancre; han mejorado las posiciones situadas al Este de la loma de Warlencourt; han penetrado en las trin-



La ofensiva de los aliados en el frente del Somme. — Soldados franceses entrando en una trinchera tomada a los alemanes



cheras enemigas al Su loeste de Armentieres; y se han apoderado de los pueblos de Beaumont-Hamel y Saint-Pierre d'Ivion, y de importantes trincheras al Norte de Flers.

Los alemanes han rechazado ataques al Este de Eaucourt l'Abbaye, entre Les Sars y Bouchavesnes, en Gueudecourt, en Rancourt y en Pressoire, y dicen que mantienen sus posiciones en el margen oriental de Saily Saillisel, habiendo rechazado ataques a ambos lados de este pueblo.

En las demás regiones de este frente sólo ha habido violentas luchas de artillería.

*Teatro de la guerra de Oriente.* — Los rusos han reconquistado parte de las trincheras que habian perdido en la región al Oeste de la alquería de Skrobowka, si bien luego han tenido que replegarse a su segunda línea de trincheras; han rechazado ataques al Oeste de Slavetiste y al Este de Lipnica Dolna, aunque en este último punto han perdido un elemento de trinchera; han ocupado una serie de alturas al Sur del monte Lamuntelu y algunas trincheras al Este de Kirlibaba; y han rechazado ataques



Oficiales de artillería haciendo fuego con un cañón tomado a los alemanes. — Construcción de abrigos en una de las posiciones conquistadas a los alemanes (De fotografías oficiales remitidas por Carlos Trampus y Central News.)



En el frente del Somme. — La aldea de Fregicourt, reconquistada por los franceses

en esta última región, al Sur de Dorna Vatra y contra las alturas situadas al Este del Narajowka.

Los austroalemanes han tomado, al Oeste de Wirchy, una cabeza de puente en la orilla izquierda del Stochod; cerca de Skrobowka, se han apoderado de varias posiciones de defensa rusas en un frente de cuatro kilómetros, rechazando los contraataques emprendidos por el enemigo para reconquistarlas; a orillas del Narajowka, han penetrado en la posición principal rusa al Sudoeste de Folw-Krasnolesie; han rechazado ataques en la orilla oriental del Narajowka, al Norte de Goduzischi y al Sur de la carretera de Moscou; y se han visto obligados a desalojar el monte Debil, al Este de Kirlibaba.

**Italianos y austriacos.** — Los italianos han rechazado ataques contra la posición de Sano, en el valle del Adigio, y contra la del Observatorio, en el valle de Trevignolo; han avanzado en este último y en las pendientes de Cima de Bocche; y en el Carso, entre el monte Faiti y Castagnevitza, han rectificado el frente avanzando desde la altura 291 a la 309.

Los austriacos han rechazado ataques en el frente del valle de Feins y en la región de Colbricón, y en uno de sus partes oficiales afirman que la gran ofensiva italiana iniciada en los primeros días de noviembre ha fracasado por completo.

**En los Balcanes.** Frente macedónico. — Los serbios han rechazado ataques en el recodo del Cerna; en la orilla derecha de este río han emprendido una vigorosa ofensiva en la región montañosa del Koku, al Norte de Scocivir, expulsando a los búlgaros de sus posiciones; han seguido avanzando en esta dirección, apoderándose del macizo de Koku y del pueblo de Polok; en el citado recodo han obtenido una victoria obligando a los germano búlgaros a evacuar el pueblo de Iven y a replegarse a tres kilómetros al Norte; y han acentuado su avance al Norte de Volyelo.

Los aliados han ocupado las islas griegas de Leros y Kira, en las costas del Asia Menor, con lo que, según dicen, han dado un golpe decisivo al abastecimiento de los submarinos enemigos.

Los germano-búlgaros han rechazado ataques en el recodo del Cerna, en las alturas al Norte de este río y en la llanura de

Monastir; pero confiesan que el enemigo ha logrado penetrar en la primera línea de sus posiciones al Sur de Volyelo y ha ganado terreno en Polok.

**Frente rumano.** — En la Transilvania, los rumanos han rechazado ataques en el valle de Prahova, al Este del valle de Buzeu, en el valle de Jiul, en el valle de Trotus y en la región de Dragoslavele; han avanzado algo en el valle de Buzeu y en el de Oltu; han detenido la ofensiva enemiga en el río Aghis; han tomado los pueblos de Topal e Hisdar, en la orilla derecha del Danubio; han tomado una trinchera en la región de Dragoslavele; han rechazado un intento de desembarco del enemigo, en la desembocadura del Oltu en el Danubio; han conquistado dos alturas dominantes en el valle de Trotus; se han visto obligados a detener su persecución en el valle de Jiul, en donde el enemigo ha recibido muchos refuerzos; y han tenido que replegarse hacia el Sur en el valle de Predeal.

En la Dobrudja, han avanzado hacia el Sur en todo el frente, habiendo ocupado la estación de Dunarew, a dos millas al Oeste de Cernavoda, y han recuperado Hirsowa.

Los austroalemanes y búlgaros han recuperado algunas líneas que habían perdido en Sirin, al Oeste del desfiladero de Bozas; han ganado terreno en la región de Spini, al Sudeste del desfiladero de la Torre Roja; han continuado adelantando al Sur del desfiladero del Vulcán y al Sudoeste de Predeal; al Sudeste del desfiladero de la Torre Roja, han pasado el sector de Daisti y ocupado Sardoin con las alturas colindantes por ambos lados; han conquistado el terreno perdido en los montes Gyergenyi apoderándose de Bitcaarsurilos y traspasan-



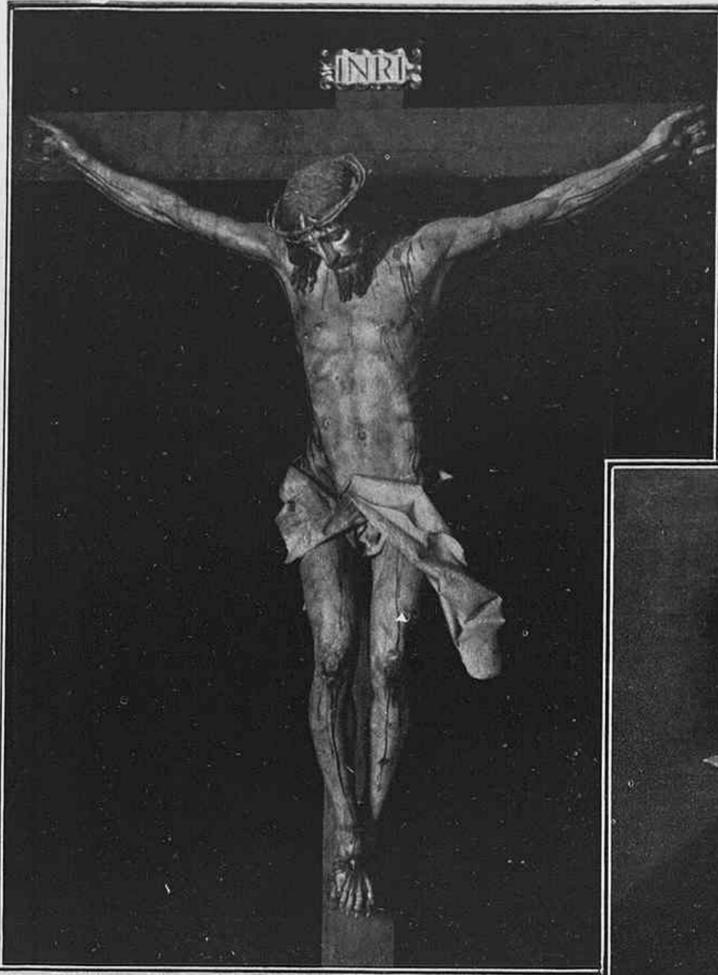
Lo que queda de la alcaldía de Chilly, reconquistada por los franceses

do el valle del Bistricza; han tomado por asalto varias líneas rumanas atrincheradas al Oeste de la carretera de Predeal; han avanzado en el desfiladero de Surdouc y en Orsova; han conquistado varias posiciones en el valle del Alt; han rechazado ataques en el valle de Surdouc, en los montes de Gyergenyi, al Noroeste de Campolung, en los montes Vulcán, al Oeste de la carretera del paso de este nombre, al Sudeste del desfiladero de la Torre Roja y al Norte de Orsova; y han perdido algún terreno en el sector de Tolgyes.

En la Dobrudja, han rechazado algunos contingentes enemigos que avanzaban contra su ala izquierda, y las tropas de Mackensen se mantienen en la línea Cernavoda Caranasuf.



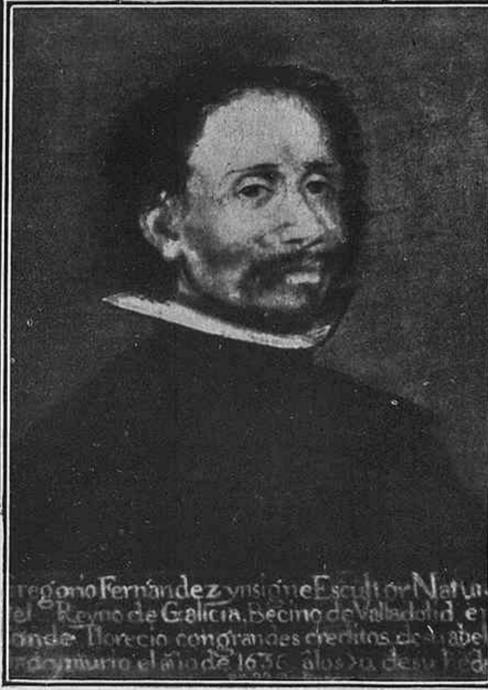
Estación de socorro en una cueva de Chilly. En el grabado se ve la entrada del puesto subterráneo. (De fotografías de M. Branger.)



VALLADOLID

MUSEO PROVINCIAL

Esculturas  
notables existentes  
en el mismo



3 Cristo de la Luz, escultura de inestimable valor artístico, obra de Gregorio Hernández

Nació Gregorio Hernández, famoso escultor y arquitecto, en Galicia, probablemente en Pontevedra, en 1566, y aprendió escultura en Valladolid, con alguno de los muchos y buenos profesores que, en su época, había en aquella ciudad, aventajándolos a todos.

La fama de su nombre se extendió fuera de la ciudad en donde trabajaba; así consta que ejecutó los retablos mayores de la parroquia de San Miguel de Victoria, de la catedral de Plasencia, y del monasterio de las Huelgas

El famoso escultor Gregorio Hernández (1566-1636)

de Burgos, y numerosas esculturas para distintos conventos e iglesias. En diversos templos de Valladolid dejó, entre otras obras, una estatua de la Virgen, de tamaño

Santa Librada en la cruz, escultura atribuida a Gregorio Hernández

natural, el *Descendimiento*, un *Ecce Homo*, *La oración del huerto*, *Nuestro Señor atado a la columna*, *Nuestra Señora de la Candelaria* y numerosas estatuas de Santos.

Muchas de las esculturas ejecutadas por Hernández para Valladolid figuran actualmente en el Museo Provincial de aquella ciudad; en ésta y en la siguiente página reproducimos algunas de las más notables.

Gregorio Hernández falleció en Valladolid en enero de 1636.



San Juan bautizando a Jesús, alto relieve de Gregorio Hernández



San Sebastián, escultura de la escuela de Gregorio Hernández



La Virgen al pie de la Cruz, escultura de Gregorio Hernández



La Verónica, escultura de Gregorio Hernández



La Virgen de la Piedad, grupo escultórico de Gregorio Hernández

(De fotografías de Asenjo.)

## MADRID. - ACTUALIDADES TEATRALES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



El eminente actor Enrique Borrás en *El Cardenal*, drama de Parker que se representa con gran éxito en el Teatro Price

*Enrique Borrás en «El Cardenal».* - El eminente actor catalán ha representado la conocida obra de Parker, ofreciendo un nuevo aspecto de la figura de Juan de Médicis, dándole un severo continente de majestad, de reposo y de grandeza y al propio tiempo una gran expresión de humano sentimiento. En sus actitudes, en las inflexiones de su voz, en todo sabe encarnar perfectamente el complejo y difícil personaje, completando su excelente interpretación con una indumentaria elegante, rica y del todo ajustada a la verdad histórica.

Enrique Borrás ha obtenido en *El Cardenal* un éxito caluroso.

*El crimen de todos.* - Esta última producción de Federico Oliver ha proporcionado al celebrado dramaturgo uno de los mayores y más merecidos triunfos de su brillante carrera.

*El crimen de todos* es una obra altamente moral y en ella se persigue un fin de saneamiento social y se fustiga con verdadera energía una de las más repugnantes lacras que, gracias a la



Una escena del primer acto de *El crimen de todos*, drama en tres actos de Federico Oliver, estrenado con gran éxito en el Teatro Español

indiferencia de unos y a la lenidad de los encargados de castigarla, ha invadido cierta clase del pueblo, permitiendo que en éste arraigue y se desarrolle la repugnante chulería.

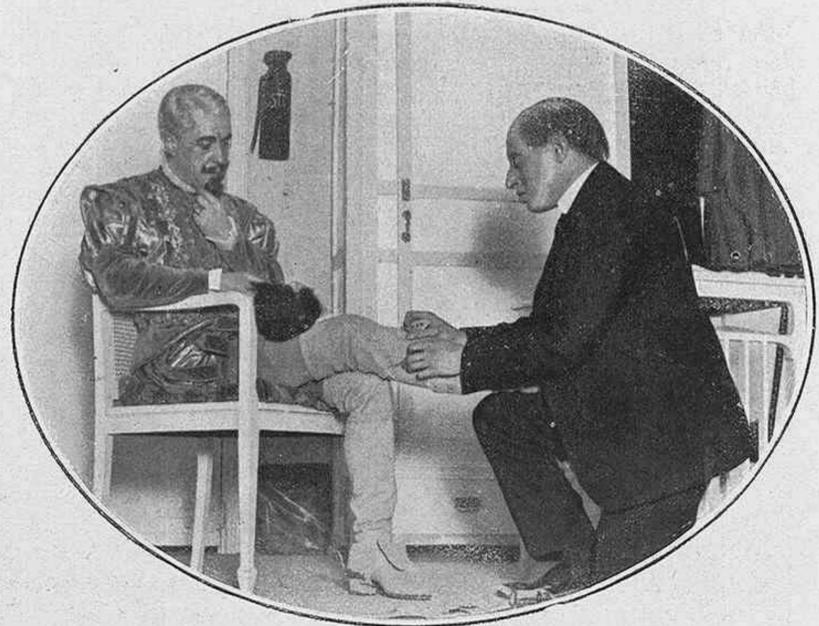
Pepe y Paco son hijos de una humilde portera; el primero es un hombre trabajador, lleno de bondad, aborrotivo, abnegado y ansioso de ilustrarse; el segundo, por el contrario, es un chulo, jugador, matón, juerguista y brutal con las mujeres. Paco tenía una novia, Emilia, hermosa y honrada obrera, huérfana y providencia de sus dos hermanitos; pero los vicios de aquél, por un lado, y por otro las asiduidades de Eusebio, un laborioso electricista que está enamorado de la muchacha, deciden a ésta a romper aquellas relaciones y a entablarlas con el que juzga será el amparo de sus hermanos. Paco no se conforma con ello, y después de intentar en vano acabar con Eusebio, asesina a Emilia. El criminal se refugia en su casa; pero aleccionado por un abogado influyente, que necesita su ayuda para unas elecciones, se entrega a la justicia, confiesa su delito y lo exculpa diciendo que, loco de amor y de celos, al verse despedido e insultado, mató a su amada, sin saber lo que hacía. Su crimen, pues, entra en la categoría de los tan impropriadamente calificados de pasionales.

Y como tal lo aprecia el Jurado, que dicta un veredicto de inculpabilidad entre los aplausos del público, y el asesino acaba por ser un héroe popular.

Pepe no se asocia al gozo de su madre ni a la apoteosis del pueblo; ama a su hermano, pero aborrece el crimen que ha cometido, y después de revolverse contra el fallo de la justicia, recoge a los hermanos de Emilia, dos veces huérfanos, y abandona el hogar materno.

Como se ve, el drama de Oliver está inspirado en las ideas más elevadas y en los más nobles sentimientos, y constituye una acusación tremenda contra los que directa o indirectamente mantienen viva esa llaga que corroe a una parte de la sociedad. El público ha recibido la obra con aplausos entusiastas.

Carmen Cobefia, las señoras Ruiz y Jiménez, y los Sres. Muñoz, Calle, Ruiz Tatay, Mesejo, Cobefia y Cantalapiedra interpretan con el mayor acierto sus respectivos papeles.



Una escena de *El eterno Don Juan*, comedia inglesa en tres actos de Ditrichstein y adaptada a la escena española por D. Federico Reparaz, que se ha estrenado con excelente éxito en el Teatro Príncipe Alfonso.

*El eterno Don Juan.* - El barítono Pablo Paurel es el ídolo de todos los públicos, el árbitro de las empresas y el conquistador de los corazones femeninos. En el Metropolitano de Nueva York ha de cantar el *Don Giovanni*, de Mozart, con Mary Woren, de quien está enamorado y que le corresponde porque cuenta, con su apoyo, prosperar en su carrera. De Mary está prendado también un barítono novel, Sonnino, hijo de una mujer, Blanca, que había amado honestamente a Paurel y que se separó de éste al convencerse de sus liviandades.

Para no proporcionar un éxito a su joven rival, Paurel canta estando enfermo; pero de pronto enmudece su voz y termina la ópera Sonnino, que obtiene un gran triunfo. El único consuelo que le queda ya es el amor de Mary, con la que piensa casarse y refugiarse en su delicioso retiro de Italia; pero Blanca implora de él la felicidad de su hijo, y convencido de que Mary no le ama, sino que su corazón pertenece a Sonnino, la desliga de sus promesas, y sin voz, destruidas sus últimas ilusiones, se derrumba viejo, solo, triste y dolorido.

Pero bien pronto la caricia de una voz de mujer que llega a sus oídos aviva su espíritu y rescita sus esperanzas y, eterno Don Juan, responde a aquel llamamiento, seguro de que aquella será la última pasión de su vida.

Tal es el argumento de la obra de Ditrichstein, cuyo interés hállase avalorado por multitud de pintorescos episodios y de escenas de mucho movimiento y de gran realidad.

En la interpretación sobresalen la señora Gámez y el Sr. Vilches, muy bien secundados por las señoras López Heredia, Calvo y San Pedro, y los Sres. Maximino, Reig, Alaiz, Codina, Ozores y Fuentes.

*Las madreselvas.* - El argumento de esta linda comedia del Sr. Ramos Martín puede resumirse en pocas palabras. Santiago, joven seminarista, se convence de que no tiene vocación y abandona el seminario. Ya en el mundo, se enamora de una viudita, Gudulia, y creyendo complacer a ésta se dedica a *corrérlela*, como vulgarmente se dice; pero no consigue con todo ello el objeto que se propone, porque la viuda prefiere a Raimundo, primo de Santiago, y éste, desengañado, muéstrase dispuesto a volver a la carrera sacerdotal. No realiza, sin embargo, su intento, porque al fin su corazón se rinde al amor que desde niña le profesa su prima María, quien, desilusionada al ver que Santiago no ponía sus ojos en ella, estaba resuelta a meterse monja. Los dos primos se entienden y la comedia termina en boda con gran satisfacción de todos.

La obra de Ramos Martín está admirablemente escrita y tiene escenas ingeniosamente desarrolladas, y algunas de ellas delicadamente sentimentales.

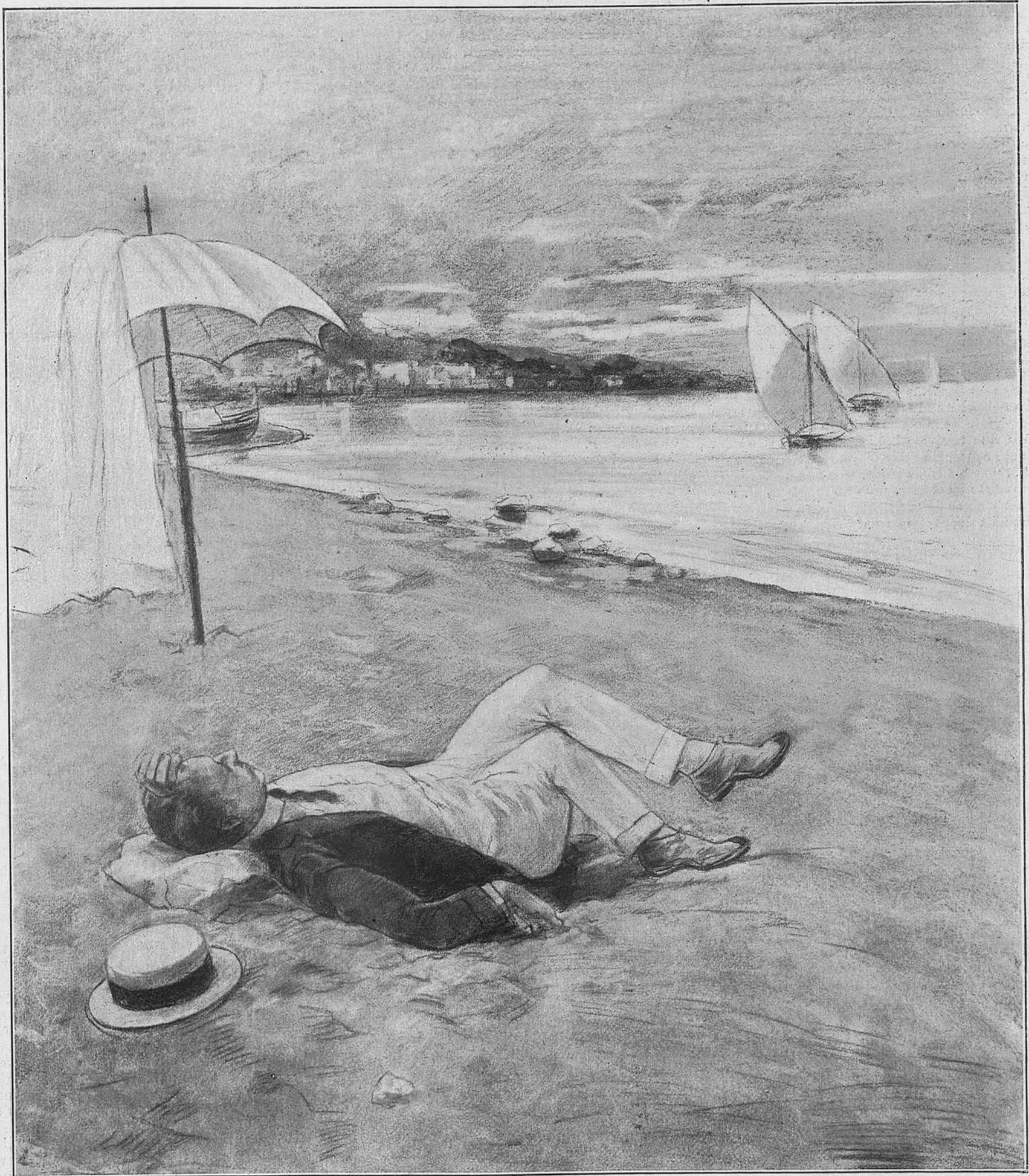
La interpretación de *Las madreselvas* es acertadísima, distinguiéndose en ella las señoritas Blanquer, Pérez, Roxala y Díaz, y los Sres. Llano, Hernández, Navarro, Díaz y González.



Una escena del segundo acto de *Las madreselvas*, comedia en tres actos de D. José Ramos Martín, estrenada con buen éxito en el Teatro Infanta Isabel

## EL CABO SILVESTRE

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA



... me había tendido en posición supina, con mi pañuelo debajo de la cabeza...

## I

La primera vez que me encontré en Albissola Marina en presencia del magnífico mar, dentro del espléndido cuadro de colinas y montañas que cierra el valle de la Sansobia, dije para mí que aquella playa tenía un porvenir.

Había ido a baños, en el mes de julio, y me encontraba allí casi solo; las hermosas mujeres que acuden ahora, hasta ignoraban entonces la existen-

cia de los tres pueblecitos ribereños situados a cuatro pasos de Savona, y llamados Albissola los tres.

En Albissola Marina los baños tenían que tomarse de un modo primitivo, porque aun no se habían plantado las barracas de lona con que la civilización y el bañero Jerónimo tomaron después posesión de aquella playa ante el sol y el fisco.

Al principio se clavaba en la arena el mango de una gran sombrilla abierta, se echaba una sábana sobre la sombrilla, y el bañista se metía debajo, a poca

diferencia del mismo modo que los esquimales entran en su casa.

Al abrigo de aquella sombrilla nada firme que se caía a cada ráfaga de viento, los pudores más intratables se amansaban; y después de los primeros días todos preferían desafiar la luz meridiana y desvestirse a descubierto, diseminándose acá y acullá, en diversos puntos de la playa, y asegurando la ropa bajo un montón de arena para que no se la llevase el viento.

Entrábamos en el mar sin ayuda de cuerdas ni de esteras ni de duelas, tambaleándonos sobre los guijarros; y, una vez dentro, permanecíamos casi siempre en el agua baja, pues nadie había pensado todavía en poner en alta mar una boya, un barril, una sonda cualquiera atada a una gruesa piedra y a pocas brazas de cuerda.

Jerónimo, el famoso Jerónimo, que hoy pone en fila una veintena de casetas de baño; que puede botar al agua en cualquier momento cuatro salvavidas de corcho en forma de rollo forrados de lona, con el nombre del dueño en caracteres encarnados; que posee los trajes de punto de un ejército de bañistas y un número incalculable de calabazas vacías y bien tapadas para mantener en la superficie del agua a los novicios; Jerónimo en aquella época no tenía más que su barca, con la cual iba a pescar sepías, cuando, ignorando su destino, no cargaba cacharros y cacharritos, que son la verdadera industria de Albissola, para llevarlos a Savona.

Venía alguna vez a la playa a ver a los señores; estaba allí, derecho, con los brazos cruzados, con una pipa desportillada en la boca, un minuto o dos, y se volvía luego a sus ocupaciones meneando inútilmente la cabeza para hacer salir la tentación que había entrado en ella.

Cuando el mar estaba agitado o soplabla el Sudeste, Jerónimo permanecía más cerca de nosotros, daba un buen consejo a los bañistas inseguros, y a veces se arremangaba los pantalones hasta las rodillas, dispuesto a meterse en el agua para pescarlos, en caso de que los arrollara alguna ola impertinente.

Yo creo que la idea, la grandiosa idea de hacer surgir algunas barracas de lona, se le ocurrió ya a Jerónimo el primer año que lo conocí; mas para que él se resolviese hubo necesidad de varias estaciones de baños, que tampoco hubieran bastado si un día no hubiese aparecido en la playa de Albissola la señora B..., una bellísima rubia, que tenía gran fama de zambullirse en el mar, pero no quería zambullirse vestida y no se fiaba del parasol.

En aquella época conocí por primera vez al señor Silvestre y a su esposa.

Fué una tarde de julio, a la hora del crepúsculo.

Siguiendo mi costumbre, yo había venido a la playa, y preparándome con la arena un lecho provisto de la correspondiente almohada, me había tendido en posición supina, con mi pañuelo debajo de la cabeza para preservar el cabello de la arena.

El mar, visto en escorzo como yo lo veía, no presentaba ni una arruga; la víspera, había alzado la voz al extremo de interrumpir mi sueño en medio de la noche; ahora estaba quieto, como si ya no tuviese nada que decir o se arrepintiese de haber hablado demasiado.

En torno mío reinaba un gran silencio; en el aire gris del crepúsculo se alzaban acá y acullá grandes humaredas negras, y me entraba en las narices un acre olor de pino quemado, porque era el día de horno, en que se han de cocer todos los cacharros fabricados durante la semana.

Reinaban pues un alto silencio y una gran soledad en derredor.

Yo seguía con la vista dos barcas de pesca, que, a distancia, parecían dos grandes gaviotas posadas en el agua; apenas se movían, sin acercarse ni apartarse nunca de aquel trecho; una de ellas recogía aún con la vela un rasante rayo del sol que ya no se veía, y la otra estaba en la sombra.

Observaba yo todo esto con la atención estúpida que solemos poner en las cosas inútiles, cuando surgieron delante de mí dos espectros enormes que me cortaron todo el horizonte marino, levantando todavía la cabeza en las nubes de oro del último limbo del cielo.

Eran el señor Silvestre y su señora.

Iban cogidos de la mano, y me parecían dispuestos a meterse en el mar, él de levita y ella con chal y sombrero.

No decían nada, como sucede en la inminencia de las catástrofes preparadas muy de antemano, pero se notaba todavía en sus actos un resto de vacilación.

Yo no los había visto venir, y ellos tampoco me habían visto a mí en mi hoyo de arena; creían estar solos; sin embargo la señora dirigió en torno de ella una mirada en que me pareció adivinar un resto de apego a la tierra.

De lejos y en la escasa luz crepuscular, no alcanzaba yo a ver si ella era joven y guapa, y si él era... (en él me fijé poco, lo confieso) pero no me cabía la menor duda que ambos eran flacos y pequeños, aunque un momento me hubiesen parecido enormes, porque me cortaban a lo largo todo mi horizonte de mar.

No se crea que yo me quedase inmóvil, indiferente como un mal filósofo, esperando que se consumiese el hecho; no, señor; haciendo mis observaciones, yo había levantado la cabeza, y me mantenía con los codos en una postura incómoda, dispuesto a ponerme en pie y a correr cuando hubiese llegado el momento de desempeñar mi papel de salvador.

De pronto, siempre en silencio, siempre cogida de la mano, la señora dirigió una postrer mirada de desesperación, según me pareció, a la tierra firme, se agachó un poco, se levantó la falda hasta la rodilla, y después de habérsela atado no sé cómo y apretado entre las piernas, entró deliberadamente en el mar.

Su compañero se había inclinado como ella, se había arremangado con mucha destreza los pantalones hasta las rodillas... ¡y al agua los dos!

Avanzaron así poco a poco, prudentemente, hasta que el mar hubo cubierto su desnudez, y después no se movieron más; pero continuaron asidos de la mano, y una vez adquirida confianza con el abismo, el señor y la señora empezaron a hablar, manifestándose en voz baja sus propias sensaciones.

Viendo que la cosa había tomado aquel sesgo, dejé caer la cabeza en la arena, y seguí observando con complacencia la escenita.

Ya fuese porque el silencio iba creciendo a medida que anocheaba, ya fuese porque había aumentado mi atención, no perdí ya ni una sílaba de cuanto decían los dos singulares bañistas.

Hablaban poco, en verdad; él aseguraba que el agua no estaba tan fría como había creído, y ella era de la misma opinión; después callaron; luego la señora manifestó la duda de haber sentido algo entre las piernas... ¿Qué sería? Un pecezuelo sin duda. Mas ¿y si fuese un pulpo?

Otro silencio.

— Pero el día ha sido en extremo caluroso, dijo ella un momento después.

— Calurosísimo, afirmó él.

No se decían una palabra de amor.

De pronto el hombre preguntó:

— ¿Sabes a quién he vuelto a ver hoy?

No; la señora no lo sabía.

— He visto al doctor Máximo.

— ¡Ah! ¿Al doctor Máximo?

— Sí, al doctor Máximo en persona, aunque más gordo que antes. Se hospeda en casa de la Checchetta. Persiste en su idea fija: quiere nuestra casa; dice que vendrá a hablar conmigo.

— Que venga; no nos asusta.

— Pero no la quiere en seguida; ni siquiera nos obligaría a mudarnos.

— Ya sabes mi idea cuál es, dijo la señora después de una pausa; la casa no nos la podemos llevar al otro mundo.

Un suspiro y silencio.

Era una gran verdad.

Momentos después, la señora dijo que tenía bastante con aquel pediluvio, y el hombre, sin decir nada, se volvió para salir; pero al volverse hizo vacilar a su compañera, que dió un grito.

Yo acudí.

Ambos habían ya puesto pie en seco. Los dos eran pequeños y flacos, como me habían parecido, y eran viejos los dos, mucho más viejos de lo que hacía imaginar su baño.

## II

En seguida comprendieron que yo había acudido de buena fe, sin sombra de impertinencia, y que en manera alguna quería burlarme de ellos.

La vieja se había sentado sobre una piedra, y se ponía las medias.

El viejo permanecía con las piernas desnudas delante de mí, y me explicaba cómo hacía tiempo que deseaba bañarse, y no atreviéndose todavía a hacerlo, empezaba así a familiarizarse con el mar.

Un día u otro, se zambulliría enteramente, pues él, desde muchacho, sabía nadar un poco, y le parecía que sabría aún, si se atreviese; pero aun no se atrevía.

Bajando la voz, añadió que Lucía no le dejaba.

Lucía estaba allí que se ataba los zapatos.

Le había permitido aquel pediluvio, con la condición de tomarlo los dos, cogidos de la mano.

— Somos marido y mujer desde hace cuarenta y siete años, concluyó sonriendo con malicia; nos casamos en el año..., espere usted...; celebramos nuestras bodas de plata el año..., espere usted...; el del invierno famoso... y esperamos hacer las bodas de oro. Yo soy Miguel Silvestre, he sido maestro de esgrima en Pinerolo, hasta el año pasado; hace un año que estamos aquí.

— Miguel, dijo la vieja, ya estoy lista.

— Permítame usted, dijo Miguel.

Y se sentó en la arena para ponerse a su vez las medias y las botas.

Durante esta operación se estuvo callado; pero en seguida que la hubo llevado a efecto, y no fué cosa larga, se puso en pie de un salto como lanzado por un resorte y quiso reanudar el hilo de la conversación.

— Tenemos una casita, allá abajo, en el fondo del valle...

— Allá abajo, en el fondo del valle, prosiguió la señora Lucía, ¿sabe?, donde el lecho del río..., digo el río, por decir... porque tiene un gran lecho...; pero lo que es agua, nunca la he visto, salvo la que viene del mar, a través de los arcos del puente, cuando se enfurece.

— Pero alguna vez, en invierno..., corrigió el señor Miguel.

— ¡Ah!, sí, dicen que, a veces, en invierno, el agua de la montaña baja en pocas horas y ocupa todo el cauce, que ahora está seco, y si no le basta, se mete en los terrenos inmediatos... Una vez hasta se llevó nuestro huerto, dicen... Pero entonces no era nuestro.

La señora Lucía parecía estar segura de que el torrente, el río, como ella decía, no volvería a tomarse semejante libertad ahora que el huerto anexo a la casa, allá abajo, en el fondo del valle, pertenecía a los cónyuges Silvestre.

Yo los miraba alternativamente, ora a ella, ora a él, a la incierta luz del crepúsculo, y me pareció descubrir en sus maneras un extraño deseo de informarme en seguida de sus asuntos, por temor de que yo quisiera dejarlos súbitamente.

Cuando la señora Sofía respiraba, el señor Miguel estaba allí, pronto a proseguir, sin interrupción, como si entre los dos tuviesen un deber que cumplir o una meta oculta que alcanzar.

— No has dicho dónde está nuestra casita, observó el viejo maestro de esgrima.

A la señora Lucía le parecía hábermelo dicho; y sí, me lo había dicho; estaba en el fondo del valle, donde el lecho del río forma recodo, en medio de un pequeño olivar.

Se iba a la casita por la carretera de Albissola Alta, o también por el camino que atraviesa los huertos de Faraggiana; pero las más de las veces preferían regresar por la ruta que hubiera debido seguir el agua del torrente, si aquel torrente hubiese llevado agua.

Ambos estaban acostumbrados a los pedregosos caminos de la montaña, y, para ellos, el andar sobre la hierba del prado era como caminar sobre terciopelo; al menos así lo creían, porque sobre terciopelo no habían caminado nunca.

Mientras tanto, anocheaba, y el señor Miguel me hizo observar que la faz de la luna, la cual parecía al principio una mancha blanca en el cielo pálido, se ponía encarnada a los últimos besos del sol.

Para hacerse perdonar la frase lírica, el viejo maestro de armas declaró que había leído algo por el estilo en un reciente libro de versos, pero una sola vez, porque él no leía nunca versos. Por una vez había sido bastante castigado.

— Pero, insinuó, quizá el señor, que es abogado, también hace versos.

No, yo no hacía versos.

— ¿Pero quizá los lee?

Alguna que otra vez.

¿Y cómo el Sr. Silvestre había sabido que yo era abogado, si casi no lo sabía yo mismo?

Antes de contestarme, el viejo maestro de armas invitó a su mujer a sentarse, y cuando la señora Lucía se hubo abandonado sobre la arena, yo hice otro tanto.

Me pareció que el viejo se restregó las manos, pero no estoy seguro. A su vez, se dejó caer a mi lado.

— La población es pequeña, dijo; aquí se sabe en seguida la vida y milagros de la gente. Que usted es abogado, lo saben hasta los cacharros nuevos; saben también que es usted caballero; no lo oculte, es inútil; después de todo, el ser caballero es muy honroso, no diga que no... ¿Es usted caballero de San Mauricio?

— No, de la Corona de Italia.

El señor Miguel se inclinó para decir a su mujer:

— ¿Oyes, Lucía?, ¡de la Corona de Italia!

Resultándome inútil el ser modesto, añadiendo:

— Soy también caballero del Cristo de Portugal.

Esta noticia acabó de granjearme toda la amistad de ambos esposos.

Cuando se hubo repuesto, el maestro de armas prosiguió:

— Sabemos estas cosas por el cartero. Usted ha

recibido muchas cartas desde que está en Albissola; hasta se hace enviar la gaceta de Milán... ¿Qué dice usted ahora?

Yo no decía nada. Pero un momento después me consideré obligado a advertir a mis nuevos amigos que no les cupiese la menor duda de que era caballero, aunque por la abogacía temía yo merecerlos poco.

— ¿No es usted abogado?, me preguntó el viejo con dolor.

— Es casi como si no lo fuese, porque he colgado la toga y arrinconado los códigos desde tiempo inmemorial.

Esta noticia no me favoreció mucho. Parecióme que los dos viejos se preguntaban mutuamente en silencio, qué vestimenta podía yo haberme echado sobre los hombros, ni qué utensilios podía haber tenido en la mano que valiesen lo que la toga y los códigos arrinconados.

— Por lo demás, insistió el viejo, usted ha estudiado las leyes; usted las sabe. Si una persona decente, por pobre que sea, le pide a usted su parecer sobre alguna cuestión, usted no se lo niega... a una pobre persona decente.

Parecía corregir con indulgencia mi falsa modestia.

— Usted ha estudiado las leyes, repetía, obstinándose en asociar dos ideas que no tenían ninguna necesidad de ir juntas; las leyes, usted las ha estudiado, usted las sabe.

¿Cómo decirle que no estaba seguro de saberlas, que estaba casi seguro de no saberlas?

Él interpretó mi silencio a su manera, y preguntó a la señora Lucía:

— ¿Se lo digo?

Y la señora Lucía se apresuró a contestar:

— Díselo.

Y empezó ella misma:

— Caballero, nosotros nos encontramos en una situación embarazosa, porque no sabemos la ley y hemos pensado pedir a usted su parecer. Apenas le vi hace un rato, dije: «Miguel, la suerte te lo envía; si no le coges en seguida, se te escapa.» Miguel me quiere mucho y hace lo que yo deseo... Caballero, ¿quiere usted oír nuestro caso?

Tenía yo ganas de preguntarle: «¿es un caso fácil?», pero me retuve y contesté animosamente:

— Diga usted.

Sobre el mar tranquilo parecía abrirse una larga vía luminosa, que conducía directamente a la luna. Yo me había lanzado muchas veces por aquella vía sin insensatez ni temor, y traté de lanzarme otra vez; pero el viejo maestro de esgrima no me dejó ir lejos.

### III

Afortunadamente era un caso fácil, y salí de él con todos los honores de la toga.

Se trataba, al fin de las cuentas, de un vitalicio; pero les digo a ustedes que para enterarme, a través de la narración desordenada de los dos viejos, que se corregían mutuamente, pidiéndose mil perdones, o se rogaban uno a otro que retrocediese un paso para no omitir u olvidar lo más importante, digo a ustedes que pude temer diez veces naufragar en las aguas del derecho o en los escollos de la actuación.

Para entender el negocio del vitalicio, el viejo Silvestre aseguraba que yo necesitaba saber que se había casado hacía cuarenta y siete años con su Lucía en Pinerolo.

Cuando, abierta la escuela de esgrima, la vi concurrir por muchos oficialillos y algunos jóvenes de la aristocracia piamontesa, y se le presentó a la mente la promesa de un porvenir, no lo había pensado mucho; había ido a decir a su amada: «Casémonos».

Y se casaron.

Lucía era entonces muy bonita (ella decía que no); pero sí, era realmente muy bonita, y él la quería mucho (la señora de Silvestre seguía diciendo que no); pero sí, estaba loco por ella, y recíprocamente.

En suma, se habían casado.

Los oficiales habían seguido viniendo, los hijos de familia también, y la academia del cabo Silvestre (llamado así porque había sido cabo), acabó de florecer.

Producía poquito, en verdad, pero iban pasando, a pesar de que ambos tenían buen apetito, y especialmente él, que hacía aquella vida de dar y parar estocadas y sablazos, a diestro y siniestro, desde el amanecer hasta la noche.

Después de todo, necesitaba contentarse, y se contentaba.

Lucía era económica y, en sus manos, el dinero parecía multiplicarse.

Ya entonces los jóvenes esposos soñaban con una casita en cualquier ribera, en un hermoso valle, en medio de una pinada o en un castaño, con un pedazo de huerto.

Decían:

«Un día u otro nos llegará la fortuna.»

Y tenían razón, porque la fortuna les llegó luego de veras.

Pero no hay necesidad de correr.

En la vida de un maestro de armas, no todo es de color de rosa; pueden ustedes creerlo.

En primer lugar, el maestro de esgrima del regimiento hacía toda clase de desprecios al cabo Silvestre, y hubiera hecho peor si hubiese sido mejor tirador de espada y sable.

El cabo Silvestre había sido de los primeros en desterrar del arte de la esgrima las viejas posturas académicas; era el tiempo del romanticismo en la literatura y en las artes, y el cabo Silvestre enseñó la esgrima romántica, que daba miedo a la de la escuela clásica.

Nunca es bueno tener un enemigo, y cuando es uno amante de la paz, pero tiene una espada o un sable en el puño todo el santo día, y una mujercita al lado que le quiere al extremo de dudar de su valor y soñar todas las noches que le ve ensartado o partido en dos por su adversario, entonces el tener un enemigo es peor que tener una espina en alguna parte del cuerpo.

Y en cuanto a espinas, se tienen de muchas clases en la carrera de maestro de armas.

Poned en una pequeña ciudad jóvenes oficiales que lucen de pies a cabeza, y jóvenes burgueses bien peinados y bien almidonados; poned unas cuantas mujercitas guapas que hacen perder la cabeza a unos y otros, una sala de armas y un maestro de esgrima, y tendréis siempre duelos, y el maestro de esgrima estará allí siempre enseñando a algún inexperto un golpe seguro para cortarle prontamente algo a su rival; vuestra sala de armas se manchará de sangre; recibiréis la visita del juez de instrucción, y se os hará un proceso en regla. Seréis absuelto, porque ¿qué culpa tenéis? Pero nadie os quitará el disgusto, y los sueños de vuestra esposa serán cada vez más terribles.

A decir verdad, el viejo cabo Silvestre no me parecía sincero, cuando se lamentaba de los duelos que habían ensangrentado la sala de armas; los sobrevivientes de los duelos (él mismo lo confesaba), se muestran siempre generosos con el maestro de esgrima; y en los duelos verificados con juicio, los sobrevivientes son casi siempre dos.

Era mucho más franco cuando recordaba el desagradable asunto del cuarenta y ocho; pero éste había que dejárselo contar a Lucía.

¿No adivinan ustedes de qué se trata? Pues se trata de la guerra. El Piamonte se bate con Austria. Todos van a salvar a la patria, y la sala de esgrima queda desierta. Durante algún tiempo, Silvestre pasa con dos o tres lecciones, comiendo poco para hacer durar todo lo posible los ahorrillos; después trata de cambiar de oficio; ella cose, plancha, hace media; él establece un tiro de pistola en el patio de una casa, a cinco céntimos el tiro, y hace correr el rumor por la ciudad que necesitan ejercitarse en el tiro todos los que han quedado, incluso los viejos, los muchachos y las mujeres, sí, hasta las mujeres, para estar en disposición de recibir a los tudescos cuando vengan a Pinerolo, como parecía que tenían intención de hacer.

¿Mujeres al tiro? No fué ninguna, y la única que iba, que era la propia señora Silvestre, se tapaba los oídos para no oír todo aquel estruendo. En cuanto a viejos, fueron pocos; pero en cambio los muchachos acudieron en gran número. Así de altos, estaban ya llenos de valor y disparaban sin cerrar los ojos; hasta daban a veces en el blanco.

¡Pobres tudescos si llegan a ir a Pinerolo! Después vinieron los días aciagos de Novara y otros, y finalmente la paz.

Pero el cabo Silvestre continuó navegando a la diábala; se mantenía a flote en una cáscara de nuez; vivía por un milagro de la fisiología y de la filosofía.

La sala de esgrima no se repoblaba aún; y verdaderamente (el mismo cabo Silvestre lo decía) después de haberse encontrado de veras en frente del enemigo, después de haber visto los cañones, no había para qué ponerse en guardia en una sala de esgrima para batirse en broma entre compañeros de escuela o de regimiento.

Afortunadamente, todo pasa, hasta el dolor de una batalla perdida; y al cabo de algún tiempo la juventud de Pinerolo volvió al florete y al sable.

Habían ocurrido otras cosas, y no todas agradables, al cabo Silvestre y a su mujer; pero éstas no eran necesarias para la inteligencia del asunto. Así me lo aseguraba el vejete, mas, no estando bien seguro él mismo, me hizo saber, además, que había habido el cólera, que vino después del 59, y luego las anexiones, y que muchos años después, cuando las cosas se hubieron arreglado, el Banco de Pinerolo se encargó de custodiar el peculio de los esposos Silvestre, pagando intereses; y que más tarde, no habiendo logrado, con toda su buena voluntad, tener hijos, y sintiéndose ya viejos, habían resuelto tomar como en adopción una muchacha ya hecha... ¿Y qué más? Se llamaba Rosita... ¿Y qué más? Luego la habían perdido. ¡Otro gran dolor! Finalmente..., ya estamos..., llegó la hora de la fortuna; un viejo pariente, no sospechado siquiera, se va al otro mundo, y la señora Silvestre se encuentra dueña de una casa en la ribera... seis estancias, patio y jardín.

La casita soñada se había hecho esperar, pero había venido.

Ambos esposos se morían de ganas de verla; pero el viaje costaba demasiado caro; renunciaron a verla, y no por eso murieron.

Escribieron.

La casita estaba arrendada aún por tres años; se hallaba en buen estado; faltaba un cristal en una ventana, pero tenía que ponerlo el inquilino.

Habían vivido tres años más en Pinerolo, con los intereses que pagaba el Banco, y siguiendo dando algunas lecciones de esgrima; pocas, porque en Pinerolo los maestros de armas se habían multiplicado, y se quitaban el pan de la boca a sablazos.

Los recién establecidos eran dos, jóvenes ambos, y petulantes.

Pusieron grandes anuncios en las esquinas, hicieron distribuir tarjetas en que se atribuían patentes, títulos, premios y fama, y no sé qué más hicieron; y el viejo cabo Silvestre, a quien esta esgrima mezquina repugnaba, pensó que al fin y al cabo todos tienen derecho a vivir; que verdaderamente él era algo viejo o estaba un poco cansado; que sus rivales no tenían una casa en buen estado locativo, sin un cristal roto, y quizá tampoco un puñado de dinero en el Banco.

Un día tuvieron consulta; el alquiler de la casa costaba un ojo de la cara; las ratas se habían comido hasta los botones de los floretes, y la herrumbre se comía el resto; el trabajo era fatigoso y el rendimiento escaso.

Era preciso acabar.

He aquí una idea: con el dinero del Banco, comprar láminas de la Deuda pública, que estaban en baja, dejar Pinerolo, ir a Albissola Marina, despedir al inquilino de la casita, después de haberle hecho reponer los cristales rotos, instalarse luego en ella para el resto de sus días, y morir en ella..., lo más tarde posible.

Idea espléndida.

Así lo hicieron; cerróse la sala de esgrima, y los esposos Silvestre se resignaron a vivir de renta.

— ¿Y el viaje a Albissola?, pregunté, viendo que se acercaban al famoso parecer legal; ¿y el mar?

El cabo Silvestre había visto el mar una vez, con el regimiento; pero la señora Lucía no lo había visto nunca, y se había hecho de él una singular idea. ¿Qué idea?

Ni ella misma lo sabía; una idea... así; hasta le parecía que debía ser más grande; a primera vista, había estado tentada de decir que valía menos que su reputación; pero al día siguiente, como si hubiese querido hacerse ver, el mar se había enfurecido grandemente, había gritado la ira de Dios con su vozarrón, había lanzado a la playa unas olas altas como palacios, y entonces la vieja había formado de él mejor concepto.

Ahora estaba enamorada del mar; se pasaría todo el día mirándolo, sentada en la playa, si no tuviese sus quehaceres en casa.

Habíamos vuelto a la casa.

¿Cómo era la casa? ¡Ah!, una monada; no podían soñar nada más hermoso; era toda blanca por dentro y por fuera, era alegre, llena de sol, caliente; estaba abrigada del viento; las puertas y las ventanas cerraban muy bien; no faltaba un cristal ni una teja.

— ¡Y ahora nos la quieren quitar!, exclamó el viejo.

«Herencia contestada, pensé; acción reivindicatoria; habrá que hacer oposición.»

— Es decir, corrigió la señora Silvestre, no nos la quieren quitar; al contrario; nos la dejan y nos pagan además una cantidad regularcita cada mes hasta que muramos; pero después...

— ¡Un vitalicio!, exclamé.

Efectivamente, se trataba de un vitalicio.

(Se continuará.)

## BUENOS AIRES. - TOMA DE POSESIÓN DEL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Ayer, 12 de octubre, de acuerdo con el precepto constitucional, tomó posesión del cargo de Presidente de la República el Dr. D. Hipólito Irigoyen, recibiendo de manos del Dr. Victorino de la Plaza, que cesaba en él por haber terminado su mandato.

Pocos jefes de Estado llegaron a tan elevado sitio con mayores manifestaciones de contento por parte del pueblo; jamás se había visto tanto entusiasmo, que llegó a su colmo cuando los partidarios más exaltados del Dr. Irigoyen, después de desuncir los caballos de la carroza presidencial, se pusieron a arrastrar el coche hasta la Casa de Gobierno, entre la atronadora salva de aplausos de la imponente multitud.

Las fotografías que acompañan darán idea de la grandiosidad del acto.

Mucho espera de su jefe el partido radical, pero mucho y aun más espera de él la nación argentina. Lo que se sabe del Dr. Irigoyen como político, con ser poco, es lo suficiente para presentarlo como un carácter, más inclinado a la labor silenciosa y productiva que a la elocuencia aparatosa y, por regla general, de escasísimos resultados. Para la acertada gestión de la presidencia que se inicia van no sólo los votos de sus partidarios, sino de cuantos ansían en la República un gobierno que, libre de anteriores compromisos y sin atender políticas exigencias, se dedique por entero a fomentar, con las fuerzas vivas del país, la paz y la concordia entre los ciudadanos todos.

Buenos Aires, 13 de octubre de 1916.

R. MONNER SANS.

En el número 1.817 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos algunos datos biográficos del Dr. Irigoyen y dijimos algo acerca de su significación política.

Enemigo de toda ostentación, puede decirse que, aparte de sus alumnos, pocas personas lo conocen directamente; nunca se le ha visto en el teatro ni en los salones ni en las carreras de caballos ni en los sitios públicos, y es seguramente por esta vida de recogimiento por lo que uno de sus discípulos lo ha llamado *El Monje*.

Pero si las nuevas generaciones argentinas no lo conocen ni siquiera de vista, en cambio hasta su nombre de pila les es familiar: cuando se habla de «Hipólito», todo el mundo sabe que se trata de él; su popularidad no tiene límites.

Este hombre, que ha vivido siempre retraído, no por esto ha dejado de dirigir con mano firme uno de los más vastos movimientos políticos que se han producido en su país.

Su ideal, apoyado en una fe inquebrantable, ha sido el establecimiento de una mejor democracia; y la rectitud de su vida, por nadie puesta en duda, ha contribuido grandemente

a crearle la sólida reputación que va unida a su nombre sin él haberla nunca solicitado.

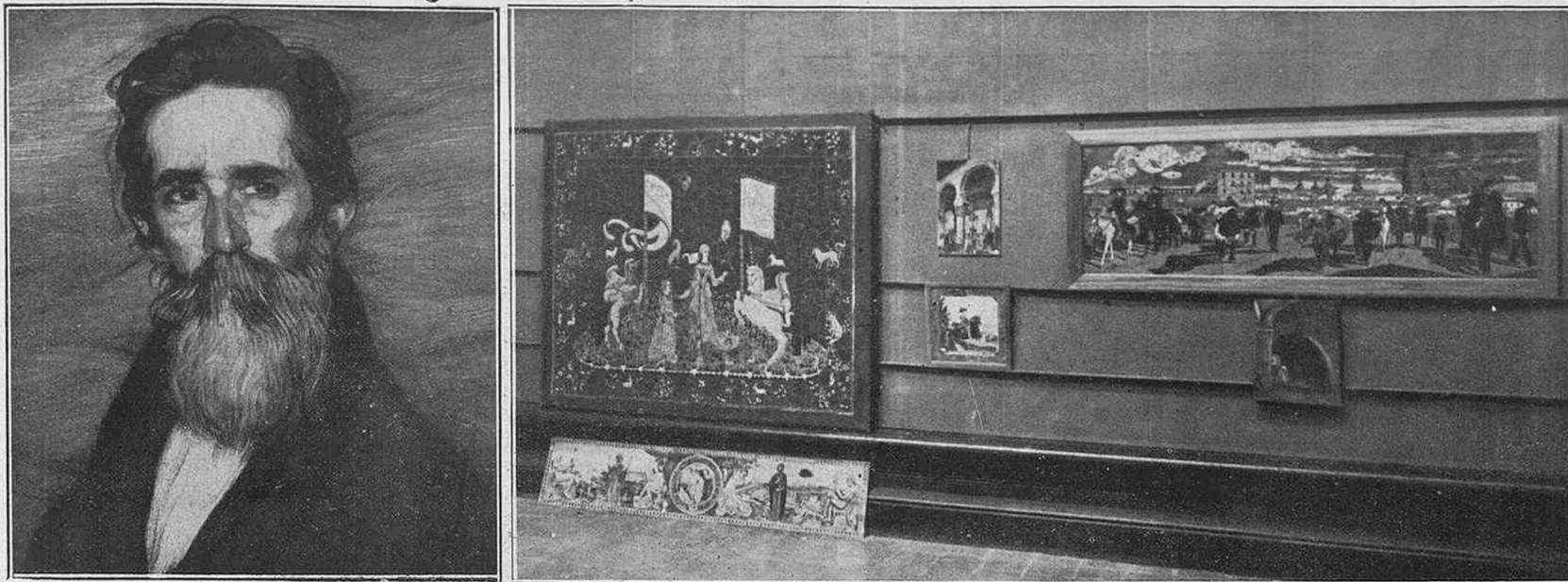
El Dr. Irigoyen, dando una nueva prueba de su altruismo y de su filantropía tradicionales, ha renunciado a los dos millones de su lista civil en favor de las instituciones benéficas de la nación.



El Presidente Dr. Hipólito Irigoyen (1), acompañado del general Richieri (2) y del almirante Blanco (3) al salir del Congreso, después de tomar posesión de su cargo de Presidente de la República



Desfile de las tropas delante de la Casa de Gobierno, después de la toma de posesión del nuevo Presidente. En el balcón central, el Dr. Irigoyen (1) y el vicepresidente de la República Dr. D. Pelagio B. Luna (2). (De fotografías facilitadas por el diario «La Nación», de Buenos Aires, y remitidas por nuestro corresponsal literario Sr. Monner Sans.)



El notable ceramista segoviano Daniel Zuloaga, retrato pintado por Ignacio Zuloaga. - Mosaico vidriera en tierra cocida esmaltada, de Juan Zuloaga. - La vuelta del mercado (Salamanca), cerámica esmaltada a gran fuego, de Juan Zuloaga



Las Artes ornamentales, friso de nueve metros original de Juan Zuloaga, premiado con primera medalla en el Círculo de Bellas Artes de Madrid



En la cuesta de los Hoyos (Segovia), cerámica esmaltada de Daniel Zuloaga. - Cerámica estilo Niculoso, de Juan Zuloaga. - Cartel en cerámica, de Daniel Zuloaga. - Cerámica estilo Watteau, de Juan Zuloaga. - Al mercado (Salamanca), cerámica esmaltada a gran fuego, de Daniel Zuloaga

Damos en esta página una vista general de esta exposición por tantos conceptos notable; en el próximo número reproduciremos aisladamente algunas de las obras que en ella figuran y que más han llamado la atención

## LA GUERRA EUROPEA. - EN EL FRENTE INGLÉS DEL SOMME



Instrucción en las trincheras. (De fotografía oficial remitida por Carlos Trampus.)

La actual guerra, con ser seguramente la más espantosa de cuantas la historia registra, carece de la grandiosidad que caracterizó a las de los antiguos y aun a las de los modernos tiempos.

Aquellos espectáculos terriblemente sublimes de las batallas en que inmensas masas de hombres luchaban en campo abierto maniobrando con arreglo a planes genialmente concebidos, y de los combates en que infantes y jinetes se lanzaban con frenético ímpetu contra el enemigo arrollando cuanto se oponía a su paso, apenas se reproducen en la contienda en que hoy se ven arrastrados tantos pueblos.

La guerra de desgaste, puesta ahora en práctica en los diferentes frentes ha suprimido aquellos combates y aquellas batallas que a veces en días y hasta en horas decidían los más graves conflictos internacionales, y los ha substituído por esta lucha tenaz, lenta y sin lucimiento de las trincheras, de las minas, de las granadas de mano y de los gases asfixiantes, capaz de enervar a los espíritus mejor templados y en la que la natural acometividad de los generales y de los soldados puestos a sus órdenes ha de ceder ante consideraciones de prudencia y circunspección que los heroicos caudillos y ejércitos de otras épocas no conocieron.

Sin negar el genio y el heroísmo de que constantemente dan admirables pruebas los comba-

tientes, es lo cierto que, salvo raras excepciones, hoy se lucha fríamente, episódicamente, por decirlo así; se toma una posición, en realidad de valor escaso, haciendo, si se quiere, un derroche de valor, pero sabiendo que detrás de aquella hay otra y otras muchas más, con lo que los que combaten por conquistarla no pueden hacerlo con el enardecimiento de los que saben que realizan un acto decisivo.

Y durante la mayor parte del tiempo, permanecen las tropas en las trincheras, inactivas, en continua tensión herviosa, sometidas a las mayores privaciones y esperando una muerte obscura, no la muerte gloriosa en el campo de batalla.

Los hechos de la actual guerra no inspirarán seguramente a los artistas de nuestros tiempos ni de los futuros las composiciones grandiosas que las guerras napoleónicas y las de Federico el Grande de Prusia, por ejemplo, inspiraron a Horacio Vernet y a Adolfo Méndel; la vida de los modernos trogloditas apenas se presta a otra cosa que a impresiones fotográficas más o menos pintorescas, como la que el adjunto grabado reproduce, y sólo algunas luchas episódicas aisladas dan materia a dibujantes y pintores para trazar algunas notas en las que la guerra se nos ofrece en toda su horrible realidad.

## LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

ALEMANIA Y LA PRÓXIMA GUERRA, por *Federico von Bernhardi*, general de Caballería, traducción de la 6.ª edición alemana por Francisco A. de Cienfuegos. - Desde que empezó el actual formidable conflicto, y aun antes de estallar, se ha hablado mucho de este libro, que ha servido de consulta a cuantos en aquél se han ocupado y que no es solamente un tratado militar sino también un notable estudio político e histórico de la situación de Europa antes de la presente guerra, que el autor llamaba *próxima*. El general Bernhardt estudia la situación de Alemania enfrente de sus probables enemigos y al la-

do de sus aliados, habiendo los hechos comprobado, después de más de dos años de lucha, no pocas de las cosas que profetizaba. Un tomo de 406 páginas, con un prólogo de Edmundo González Blanco, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en tela inglesa.

TASQUES SOCIALES, por *Dolores Moncerdá de Maciá*. - Lo inspirada poetisa y notable escritora Sra. Moncerdá de Maciá, ha reunido en un volumen varios artículos, notas rurales y conferencias sobre diversos asuntos pero todos ellos de verdadero interés moral y social. El mejor elogio que podemos hacer del fondo de estos trabajos es copiar el siguiente párrafo de la carta-prólogo del P. Ignacio Casanovas (S. J.) que encabeza el libro: «A todos interesará su libro por el gran sentido de mo-

ralidad pública que respiran todas sus páginas; pero para la mujer catalana ha de ser como un documento de familia. Entre la gente que trabaja en instituciones dedicadas a la mujer cristiana de nuestra tierra, es usted por todos mirada como aureolada con cierto aire de maternidad; y éste será también, en mi concepto, el sentido y como el espíritu de su libro. La obrera de la ciudad, la campesina de la granja y la señora ciudadana, todas encontrarán en él el calor de la familia.» Los artículos de la Sra. Moncerdá, inspirados en las más nobles ideas, abundan en valiosas enseñanzas, en hermosos pensamientos y en elevadas observaciones, y están escritos en un estilo sencillo y ameno que hace en extremo agradable su lectura. Un tomo de 214 páginas, editado en Barcelona por Miguel Pareira; precio, 3 pesetas.

LA GALERÍA SIGLO XVII  
DE ANTIGUOS MAESTROS  
(CALLE 23.ª, OLD BOND STREET).  
LONDRES

Gracias a la Guerra podemos ofrecer cierto número de cuadros auténticos de primeros maestros, a precios muy aceptables.

Buenas adquisiciones.

Correspondencia.

Se invita a la inspección.

## CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

## LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA  
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

HISTORIA GENERAL

## DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,  
Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN